

Plaza Irlanda

Eduardo Muslip



CLUB CINCO

Nunca supe qué hacía ella en Plaza Irlanda. Me avisaron del accidente por teléfono; había ocurrido en Donato Álvarez entre Neuquén y Franklin. A las tres de la tarde Helena estaba caminando por Donato Álvarez, justo frente a la Plaza Irlanda; un colectivo fuera de control subió a la vereda y la aplastó contra una pared.

Ya pasaron dos meses desde el accidente, y todavía conservo el papel en que anoté lo que me informaba por teléfono el policía: Donato Álvarez entre Neuquén y Franklin. El papel tiene también anotada la dirección del lugar al que habían llevado transitoriamente el cuerpo, un hospital que está del otro lado de la plaza.

Sobre la mesa del teléfono sigue estando la guía de la ciudad, en la que una vez que terminé la conversación con el policía tuve que buscar dónde quedaban la Plaza Irlanda, las calles que me indicaron, el hospital. La guía de la ciudad es una de las últimas cosas que voy a guardar. Por tres semanas más el teléfono, el anotador, las biromes y la guía continuarán en su lugar mientras el resto de las cosas irá desapareciendo. La mañana del accidente Helena había salido de este departamento sin saber que no volvería; el living se ve igual que en ese momento. Había dejado todo perfectamente acomodado. Los sillones guardaban la simetría que sólo tenían justo

después de poner orden. La gran rana de peluche estaba sobre un sillón y dirigía hacia la puerta sus vidriados y apacibles ojos verdes.

La conversación con el policía se me aparece con frecuencia pero siempre con alguna variación. Mientras hablaba me vino la idea de que cada palabra se me estaba grabando con exactitud y para toda la vida, pero al rato, ante la primera persona a la que relaté la conversación sentí que ya no era del todo fiel. Me pasó algo similar hace unos años, la primera vez que me asaltaron en la calle. Mientras transcurrían los eternos segundos del asalto se me ocurrió que me acordaría de todo continuamente y con inevitable precisión; en efecto, volvería a pensar en el asalto una y otra vez, pero con el tiempo me empecé a olvidar de los detalles. De la misma manera la conversación con el policía sobre Helena siguió dando vueltas en mi cabeza, mientras iba perdiendo precisión. Si me acuerdo con claridad de dos palabras: "trescientas toneladas". Me dijo que por la velocidad con que iba el colectivo a ella le habían caído encima trescientas toneladas.

Después de cortar me quedé un rato sentado. Lo que pensaba y sentía contrastaba con la inmovilidad del living, que se había convertido en el inesperado escenario para un acontecimiento definitivo. Como una ciudad súbitamente sepultada por la lava de un volcán, caía sobre la imagen de ese living algo que la fijaría así en mi memoria, sin duda por mucho tiempo. Después mi primera actividad fue buscar en la guía de la ciudad la calle Donato Álvarez. Hice una cruz en el lugar exacto del accidente, en la página 46, con la birome de tenue tinta amarilla que se me ofrecía desde la mesita del teléfono. Una vez Helena le había comprado a un vendedor ambulante de un tren diez biromes de colores distintos; las

de colores normales se habían perdido, y permanecían las de colores pálidos. Cada tanto Helena o yo reponíamos en el teléfono las biromes oscuras que volverían a perderse. Las mejores emigraban, utilizando distintas estrategias y sin que uno pudiera hacer nada para evitarlo, y quedaban las peores, con las que no quedaba más remedio que relacionarse. Normalmente estas observaciones hubieran podido surgir, creo, más de Helena que de mí; esta sensación —que se me ocurran ideas más propias de Helena que mías— reapareció muchas veces después del accidente.

Yo me había propuesto desde hacía rato no marcar en los mapas de la guía de la ciudad los lugares a los que debía ir. Durante varios años cada vez que encontraba algo en ese librito espiralado y ya bastante maltrecho yo hacía una pequeña cruz. Lo mismo hizo Helena durante los tres años que vivimos juntos. Así esos mapas fueron quedando llenos de pequeñas marcas; ya no sé qué lugares señala la mayoría de ellas: podría ser la casa de alguien que conocíamos sólo por un tercero o un consultorio médico al que tal vez no haya ido o algún lugar de reparación de electrodomésticos. Descubrí después que las referencias de las marcas que efectuó Helena me eran desconocidas casi en su totalidad. Extrañamente, la página 46, en la que se veía mi débil trazo beige, no tenía ninguna marca previa. Si el accidente hubiera ocurrido en algún lugar de la página 39 (Almagro, Once) o 34 (Centro) o 40 (Barrio Norte, Recoleta) tampoco habría sabido qué estaría haciendo Helena en ese momento, pero era más imaginable una razón cualquiera.

Con los días fui memorizando las calles que abarcaba la página 46. Aprendí que a Franklin le sigue Gaona, luego Frege. Donato Álvarez es paralela a Trelles por un lado, y por el otro

limita con la plaza Irlanda. Antes del accidente, las veces que me ponía a hojear la guía, sin que me llevara ninguna búsqueda concreta, prefería detenerme en zonas de geografía un poco más interesante que esa área de calles tan regulares. Siempre me llamó la atención lo poco que conocía ese barrio antes de que se volviera tan bruscamente familiar. Y eso que miraba mucho esa guía. Era como un atlas pero de mi mundo más inmediato.

Siempre me gustaron los mapas. Los últimos años me habían interesado un poco menos, pero cuando era chico me detenía por horas a mirarlos. Tal vez no fuera por horas sino minutos, pero lo cierto es que me abstraía en la lectura de los mapas de tal manera que perdía la noción del tiempo. Así, me demoraba en la cuenca africana del río Níger, y fabulaba con el paisaje de las ciudades que ese río bañaba: Tombuctú, Uagadugú... En un atlas francés figuraban como Tombouctou y Ouagadougou, y resolví que cuando fuera necesario las escribiría de esa manera, pero después volví a pensar que era más lógico respetar la grafía española, más allá de que en realidad creo que nunca tuve la oportunidad de comunicarle algo a alguien sobre esas ciudades. Ese atlas francés era maravilloso, pero entró tarde a mi vida, a los doce o trece años; mucho antes había aparecido un diccionario enciclopédico de mis padres, un Petit Larousse de fines de los '40. Los mapas del Larousse eran muy pequeños, en blanco y negro, y con mucha información abigarrada en una tipografía que también era muy pequeña, claro. Para mi percepción infantil las diferentes líneas —las que separaban provincias o departamentos, o las de fronteras de Estados, o incluso las que delimitaban tierra y mar— eran apenas discernibles, y entonces decidía remarcar algunas de

ellas, sobre todo las que dividían países. Pero me confundía y empezaba marcando bien la línea de frontera y después me desviaba hacia la que representaba un río. De esta manera esos mapas quedaron cuidadosamente mamarracheados; recuerdo, con más claridad que la actividad misma de remarcado, los reproches de mis padres y de mi hermana por haber escrito en el diccionario.

La primera vez que me visitó, Helena consultó el diccionario; creo que lo hojeó sólo porque estaba sobre una mesa y era algo que se podía hacer —un diccionario tiene el carácter público que no tiene otro tipo de libros—; se encontró con esos mapas y me preguntó por el origen de los trazos en marcador. Le expliqué, y se mostró enternecida al imaginar a ese chico que era yo, supongo que más o menos a los siete, ocho años, haciendo esa versión compleja de los garabatos infantiles. Le mostré una foto mía de ese tiempo —de los tres años, creo; hubiera sido más fiel una que conservaba de los ocho pero consideré que era menos enternecedora— y entonces efectivamente se enterneció aún más. Todo eso favoreció el inicio de nuestra relación: a mí me gustó que ella apreciara algo que vinculaba mi infancia con los mapas. Incluso me dijo que podía mostrarme un libro de mapas del mundo antiguo que le habían regalado cuando se recibió; “estudié Letras”, aclaró con rapidez, como si no quisiera hablar de eso. Tiempo después me daría cuenta de que a ella los mapas no le importaban tanto, y que había aprovechado la oportunidad para justificar un acercamiento más íntimo; yo la había conocido un par de horas atrás y ya estaba en mi departamento; eso la hacía sentirse un poco avergonzada, o por lo menos sentía que debía mostrar cierta vergüenza. Y ella necesitaba indicios que me hicieran parecer “confiable”, que excusaran el

comienzo un tanto precipitado; lo de los mapas y la foto le vino bien. Y también le vino bien el diccionario en sí mismo, y los otros libros que vio en los estantes o tirados por ahí. Le gustó que yo fuera "lector" y que trabajara en una oficina; es decir, que hubiera cosas en común con ella, pero no tanto. Incluso el hecho de que yo le hablara de los libros diversos que había estado leyendo, y de mi dificultad para estudiar una carrera regularmente —le describí mis inicios y abandonos— la hizo recostarse y sentirse más cómoda, pero también mirarme con menos aprecio, como si descubriera que pertenecía a una especie inofensiva y un poco inferior. El tono como al pasar que puso al decir que se había recibido en Letras no era indiferente sino, me di cuenta, el de alguien que teme alejar al otro porque habrá de sentirse "menos" frente al propio título nobiliario. Yo le conté que otra cosa que me gustaba era la mitología griega y que le podía decir de memoria los nombres de todos los hijos de Zeus, pero con lo anterior habrá sentido que era suficiente, y no pareció muy interesada en hablar de mitos griegos. "Nadie en la facultad sabe de memoria esas cosas", comentó sonriente, relegando mi conocimiento a una tonta acumulación, a un hobby un poco frívolo.

La segunda vez que vino a mi casa encontró un tomo suelto de la Enciclopedia Codex que yo había comprado en una librería de viejo. "Tiene la H, de Helena", me justificué. El día anterior yo lo había visto en una mesa de la librería y, al tiempo que pensaba a quién podía interesarle un volumen de la enciclopedia sin los restantes, lo abrí y apareció la palabra "Helena"; en media página se contaba la historia de Helena de Troya. Lo compré de inmediato. Evalué que era una enorme casualidad que apareciera esa entrada; si esa gran

enciclopedia en total tenía como cinco mil páginas, había una posibilidad en cinco mil de que apareciera esa palabra. A ella no le entusiasmó demasiado que yo la relacionara con Helena de Troya; supongo que a cualquier persona le resultan un poco fastidiosas las repetidas relaciones que otros establecen con su nombre. Sin embargo creo que le gustó el hecho de que yo comprara por ella ese libro. Fotocopié la página en cuestión, recorté el artículo sobre Helena y lo puse en el panel rectangular de corcho que yo tenía en el dormitorio, al lado de un artículo de otra enciclopedia (sobre las musarañas, una descripción muy rara de ese animal que había encontrado el día anterior) y entre más papeles, postales y fotos que iban a tener que acostumbrarse a convivir con las fotos de otra persona; más aún, que irían teniendo un espacio cada vez más limitado por el lugar creciente que Helena tomaría en ese panel, en la casa y en general en mi vida entera.

Los primeros meses Helena y yo no salíamos demasiado. Me visitaba en mi departamento y nos quedábamos juntos todo el fin de semana. Recuerdo nuestras salidas de entonces como simples paseos para distraernos de todo el tiempo que pasábamos en el departamento. "Para estirar las piernas", le dije yo una vez, y no le gustó nada, degradé la salida a la que ella estaba dedicando bastante atención, la visita a un videoclub para decidir qué película veríamos esa noche. Salíamos porque era ella quien lo quería; yo me podía quedar en el departamento por muchas horas. No es que mi departamento fuera especialmente lindo. Era de sólo un ambiente, en un edificio torre en el Centro. Solo con ella yo me sentía bien, y me parece que andábamos juntos como esos pájaros que de

repente uno los ve volar un poco y vuelven al lugar de origen, y esa vuelta la hacen impulsados quién sabe por qué, mucho sentido parece no tener, es como que salen a estirar las alas. Ella iba al videoclub o a la panadería como si fueran lugares importantes. "Podríamos ir a la panadería", decía con voz muy seria, y nos cambiábamos y salíamos hacia allá. Analizaba las bandejas de panes y facturas con extrema concentración. Dedicaba extrema concentración a casi cualquier cosa. Si quería comprar algo en un kiosco, miraba todo con gran detenimiento; frente a las bandejas conseguía una expresión más seria que la que pone en esa circunstancia un chico de seis años.

Mi departamento no era lindo, como dije. Ella decía que el edificio era un gallinero, aunque yo le decía que no me gustaba que lo denominara así. Me gustaba más cuando decía "el palomar". El gallinero me daba idea de suciedad y de campo. Y no tiene ventanas; sólo me lo puedo figurar abriendo una puerta y mirando el interior. Los palomares no me hacen pensar en suciedad, aunque todos dicen que las palomas son sucias. Ellas acceden al palomar volando; me imagino el cielo y una paloma cruzándolo y entrando por una ventana. Entre tantas ventanas de mi palomar, entre tantos departamentos, Helena entraba siempre al mismo. En esa situación tan anónima —el tablero de los porteros eléctricos exhibía prolijamente distribuidos más de doscientos timbres— mi existencia era señalada por ella, en sus visitas de tantas noches. Cada vez que tocaba el timbre yo me decía: tocó el mío entre todos los otros. Si uno viviera en una gran casa sería natural que cualquiera pasara y entrara, no ahí, todo el mundo parece estar de acuerdo en que se es menos anónimo en una casa que en un departamento. Me encantaba que ella estuviera, y

nunca me acostumbraba del todo. Una vez yo estaba hojeando un atlas que me habían dado hacía poco tiempo. El atlas no era gran cosa. Se llamaba *El Libro del Mundo*, y era una pena que un libro con un título tan lindo tuviera esos mapas tan insignificantes. Yo estaba analizando la renta per cápita de los distintos países de África; quería determinar cuál era el más pobre de todos, que resultó ser Burkina Faso. Los mapas eran una nada, pero al menos respetaban la forma del país. Pobre Burkina Faso, hasta su forma es humilde, parece un ratón sin cola. Mauritania parece también un animal igualmente inocente pero más grande, una gran gallina o un gran pájaro de alguna especie ya extinguida por no poder enfrentarse a un predador nuevo introducido por europeos. En ese momento escuché un sonido que me hizo mirar hacia la cama. Helena había tosido como una forma de llamarme la atención. En realidad sólo miré por reflejo en dirección a la fuente del sonido, y vi a Helena extendida sobre la cama, de costado. Es una posición en la que quedaba hermosa, hermosa para cualquier mujer hermosa: la curva de la cadera sube más, los pechos se apoyan uno en el otro, el codo queda sobre la cama, el brazo sosteniendo la cabeza. Es la posición en que mejor quedan las mujeres, y que le quedaría mal, me parece, a cualquier hombre. "Hay una hermosísima mujer aquí extendida", parecía querer decirme, y a la vez exageraba el gesto como marcando que estaba bromeando, pero a mí me llamó la atención que la broma no fuera tal, efectivamente estaba hermosísima. "Vos", me dijo, "estás sólo atento a los países de Oceanía. ¿Cómo puedo competir con un país?". "Estaba en África". Yo me sentía en un cuento árabe en el que un hombre cierra los ojos y al abrirlos ve la mujer más hermosa del mundo; su relieve, su color, contrastaban tanto

con las pálidas y tristes dos dimensiones de los mapas; las formas de las caderas, de los hombros, de los pechos, de los brazos, eran la materialización de las mismas fuerzas que habían causado las cordilleras; se desplegaba una orogenia emocionante, un gran mundo que se creaba para mí, un nuevo continente. Le dije que era más importante que un continente entero, o que era un séptimo continente, y la besé y "no, no, volve a tus mapas", hacíamos como que nos peleábamos, como que nos golpeábamos un poco, como que nos reprochábamos.

Helena se instaló con naturalidad en mis días, en mis días. A veces ella sospechaba algo extraño en el hecho de que pudiera haberse instalado con tanta facilidad en medio de la vida de otra persona. Sentía que había ido a un lugar cualquiera, a un bar, y le habían dicho "pase por acá", y ella pasaba y la hacían sentarse en un buen lugar; la atendían bien, no le cobraban, y todo seguía así. Le parecía sospechoso, me decía. Los hombres de treinta y pico que están libres no son personas que simplemente uno conozca, y con quienes salga y esté todo bien, y ya está. Tienen una historia complicada, sentenció, y me miró con atención, como buscando algo que podía ser difícil de ver pero que tenía que estar. Agregó: "¿A cuántas mujeres, antes, les ofreciste pastillas?". Se refería al día que nos conocimos.

Yo vi a Helena por primera vez en un cine de Corrientes. Estaba extendido sobre la butaca, la cabeza contra el borde del respaldo, y Helena se sentó justo delante, de lo más derecha. Era alta, más alta que yo, y entonces yo veía la pantalla y veía su cabeza perfectamente delimitada en el fondo de publicidades

y después de anticipos de películas. Le veía el perfil porque ella se dirigía hacia la mujer que estaba sentada al lado. Yo no tenía ganas de variar de posición, y decidí esperar a que empezara la película para cambiar de asiento. Durante unos cuantos minutos miré entonces su cabeza, la quieta silueta negra con fondo de publicidades. Y empecé a pensar en la posibilidad de hablarle. Tal vez pudiera darle una pastilla. Pero debía esperar a que se encendieran las luces. Como si ella respondiera a la necesidad de que yo la observara mejor, salió de la sala, y dos minutos después volvió a sentarse. Qué alta es, pensé emocionado. Iba a ofrecerle la pastilla, pero la voz de alguien sentado detrás y su mano podían resultar amenazantes, aunque la mano y la voz ofrecieran simplemente una pastilla de menta. Terminaron los cortos y entonces se las ofrecí; ellas sostuvieron la mirada más en el paquete que en mis ojos, y yo observé con alarma que el paquete de pastillas temblaba un poco y que mi mano no hacía caso a que mi cerebro le estuviera ordenando que se quedara quieta. Igual no fue para tanto, las dos aceptaron y pudieron sacar la pastilla, además mi voz por suerte creo que me salió muy cortés pero segura. Cuando terminó la película les pregunté si podíamos ir a un bar a comentarla un rato. Esa vez los gestos me salieron firmes pero fue la voz lo que me tembló un poco. La otra mujer se fue porque supuestamente se sentía mal. Después me enteré de que en efecto se sentía mal, y que se había quejado de que mi pastilla le provocó náuseas.

En el bar yo pedí un whisky, lo que en mí era poco habitual. Hace frío, le dije con tono serio, y ella dijo yo también quiero un whisky, lo que, después me enteré, era aún menos habitual. Hablamos un buen rato, nos enteramos de qué trabajaba cada uno, y desarrollamos esa especie de intimidad súbita de dos personas que se acaban de conocer y que tienen ganas

de favorecer el acercamiento, y que tomaron desacostumbrados vasos de whisky. Después me acompañó a mi casa, que estaba a cuatro cuadras del cine; ella vivía más lejos, con una amiga. "Me separé hace un tiempo", me dijo de golpe, como si hubiera estado pendiente darnos información sobre esos temas. "Yo también me separé hace un tiempo", dije, y pensé que todas las personas de nuestra edad que están solas están separadas desde hace más o menos tiempo, por lo que no fue mucho lo que dijimos, pero también fue tranquilizador. Fue esa noche cuando ella hojeó el diccionario ilustrado por mí y que yo le mostré fotos, y que alcanzamos una intimidad de la que no tuvo sentido replegarnos. Cuando uno conoce a una persona y tiene ganas de estimular el acercamiento a veces se llega a un fervor de intimidad del que luego es inevitable que se ponga distancia; en nuestro caso ese repliegue no se produjo.

Cuando empezaron a aparecer esas cosas que podían distanciarnos, ya nos habíamos acercado lo suficiente para que la relación continuara a pesar de todo. Discreta y extrañamente, los primeros días no nos cruzamos con mendigos de camino a mi casa. Yo me había acostumbrado a verlos. A veces nuestros breves paseos nos ocasionaban algunos problemas. A ella no le atraía el Centro; la deprimían las calles estrechas, oscuras, y no le gustaba la gente con la que se cruzaba. No podíamos pasar por una vereda en la que siempre había un grupo de mendigos, y había que dar una vuelta por calles que tampoco le resultaban muy estimulantes. Yo me había acostumbrado a que estuvieran allí; eran inofensivos, mucho más que algunos grupos de chicos que se concentraban en los kioscos. En el hueco que dejaba el hall de un edificio moderno y ya abandonado dormían varios mendigos, y yo siempre podía sentir cierta reacción de Helena, un estado de alerta,

no por miedo, sino como si dijera soporto eso pero en algún nivel es intolerable. Bajo su mirada ese grupo pesaba en mi estado de ánimo. Yo los había visto ya muchas veces y conocía incluso algunos de sus hábitos. Usaban el borde de la calle para orinar; veían allí una especie de arroyo al que podían acercarse y usar como tal. El hall a medio terminar en que dormían era para ellos como una zona protegida por árboles umbrosos; ese lugar en el que lo más parecido a un vegetal era cierto matiz verdoso de hongos en el cemento, al ser habitado por ellos quedaba transformado en un paisaje natural.

Pero el primer día el barrio parecía haberse organizado para favorecer la relación. Así como no vimos ningún mendigo, tampoco nos cruzamos con vecinos. Los departamentos eran todos de un ambiente; había pocas familias. Los vecinos que más recuerdo eran los que veía en los ascensores: una mujer mayor un poco trastornada y poco higiénica; varias mujeres chinas que se arreglaban mucho, con aire extremadamente reservado, como si nunca, jamás, fueran a decirle nada a nadie; una mujer española muy elegante y un poco desdeñosa; un hombre siempre de traje y aspecto sombrío que fumaba abstraído en el ascensor, como si estuviera parado en una esquina; otro con aspecto tristísimo, que los fines de semana aparecía con una nena y un nene de tres o cuatro años; un travesti que insistía en quejarse de que él quería subir, y el ascensor lo hacía bajar, y viceversa. Al lado de mi departamento había otra mujer mayor que vivía encerrada con un gato, y que cada tanto me pedía dinero, hasta que desapareció con su gato y con su deuda. Yo me había acostumbrado a mis vecinos incluso más que a los mendigos. Pero cuando estaba con Helena me avergonzaba al cruzarnos con alguno de los de aspecto menos presentable. De todos modos

con el tiempo ella se fue acostumbrando —al edificio, no tanto al barrio— y yo volví a sentirme cómodo. Incluso perdió sus reticencias al punto que comenzó a conseguir información que yo nunca habría recibido. Por ejemplo, las visitas que el hombre sombrío —que vivía arriba de mi departamento— recibía ciertas noches: Helena percibía y distinguía distintos tipos de ruido con una agudeza notable. Anticipó que la vecina jamás me devolvería el dinero, se enteró de que el hombre tristísimo con dos hijos había intentado entrar al departamento de las mujeres chinas. Helena hablaba de ellos sin mucha benevolencia pero con bastante interés. Igual no pasó mucho tiempo antes de que empezáramos a planear vivir juntos, para lo que debíamos mudarnos. A los pocos meses Helena y yo empezamos a buscar un departamento más grande.

En el panel de corcho del dormitorio continúan las mismas cosas que en el momento de la muerte de Helena. En mi próxima casa habrá otras fotos, otros recortes; tal vez incluso no coloque el panel, al menos por un tiempo. En medio de las fotos, postales y papeles varios permanece la fotocopia del artículo sobre Helena, el del tomo de la enciclopedia que había comprado apenas después de conocerla:

HELENA. Del griego *Hélène*, en la leyenda griega, la más bella mujer de Grecia y la causa indirecta de la guerra de Troya. Su padre era Zeus, y su madre Leda o tal vez Némesis...

Siempre me pareció raro que la madre de Helena fuera "Leda o tal vez Némesis". ¿Cómo era posible que no se supiera bien de quién era hija esa mujer tan importante? Su padre

era el dios principal entre los griegos, y eso alcanzaría para que fuera indiferente precisar de qué mujer fue hija Helena. De todos modos es extraño que dé lo mismo una madre u otra. Me imagino que a cualquiera le resultaría casi imposible verse con una madre distinta de la que tuvo; con otra madre uno supone que se habría convertido en otra persona. En cambio Helena es la misma tanto si uno considera que su madre fue Leda o Némesis. Tal vez los griegos tuvieran confianza en que uno es como es y salió como debía salir, con indiferencia de la madre que le tocó en suerte.

También permanece en el panel una foto de Helena en Mar del Plata con sus padres. Ella es ahí una nena, y sus padres serían jóvenes pero no se ven jóvenes, son un señor y una señora. La coloración de la foto es más bien amarronada, el agua no se ve muy azul, y la arena no muy blanca. La gente está sonriente y contenta, y todos tienen la actitud más de los que hacen un ameno paseo por una plaza de barrio que la de quienes dominan algún impactante paisaje natural. Para Helena sus padres no serían nada intercambiables, aunque en esa foto uno ve un señor y una señora que podrían ser tantos otros. Meses después de que empezáramos a estar juntos, antes de que alquiláramos este departamento, llegó el cumpleaños de los padres. Los dos cumplían años con poco tiempo de diferencia y festejaban el mismo día. Empezaban a sucederse las fechas como navidades o cumpleaños, que van haciendo, entre otras cosas que una pareja sea más oficialmente pareja, que los demás la reconozcan como tal, más allá de que cada miembro de la pareja siga sintiendo que la relación es muy reciente. "Cumplen años mis padres, la semana que viene", me dijo. Quise preguntarle: "¿Qué va pasar, entonces? ¿Me vas a llevar? ¿Querías que fuera?". Ella me miró como si

supiera que yo me estaba formulando esas preguntas, o ella misma estaría pensando en eso, independientemente de mis pensamientos. Como para evadir esos pensamientos cruzados, dijo:

—Tengo que comprar un regalo.

—¿Y yo también?

Se rió.

—No, no, con el mío va a alcanzar. Llevá flores, si querés. Y una botella de vino.

Así que fuimos juntos a la casa. Yo llevaba las flores y el vino. Helena miraba mi carga con disconformidad.

—¿Por qué mirás así las flores?

—No sé. Son demasiado grandes. Demasiado largas.

Su disconformidad fue creciendo a medida que llegábamos, aparentemente motivada por el incorregible exceso que percibía en las flores. En el instante en que la puerta de la casa se abrió y apareció la amplísima sonrisa de su padre, Helena se arrepintió del todo de haberme llevado. Nosotros sentíamos que ya había pasado mucho tiempo desde el inicio de la relación y que era natural que yo fuera a la casa de los padres. Sin embargo, en el momento en que Helena los vio se sintió una mujer fácil que había encontrado a un muchacho en una parada de taxis y que así como así lo había llevado a la casa. Yo sentí lo mismo pero me atrajo la calidad de "nuevísima" que adquiría en ese instante nuestra relación, mientras que a Helena esa transformación la avergonzó horriblemente.

La casa y los padres me encantaron desde el primer instante. Costaba aceptar las aprensiones de Helena contra ellos. Era uno de los temas con los que siempre se mostraba más seria. Como si explicar su relación con los padres fuera un tema demasiado complejo, y a la vez todo fuera también bastante

trivial. Los padres no eran dioses griegos. Los dioses griegos tenían algún encuentro apasionado y casual, y así se gestaba el hijo que luego crecería como si nada; sólo se ocupaban de él muy cada tanto, como para salvarlo de la ira de algún otro dios o situaciones igualmente dramáticas: más allá de esas intervenciones puntuales, en general no parecían muy preocupados por cómo le iban las cosas al descendiente. De vivir en la misma casa, ni hablar. No sé dónde vivían los dioses griegos. Aunque tuvieran relaciones sentimentales, nunca me enteré de dos dioses que llegaran a convivir, y menos aún de que pudieran formar un grupo familiar completo.

Helena no nació de ningún encuentro apasionado y casual de dioses sino que era el producto del plan premeditado de dos personas comunes, mortales, corrientes, que en algún momento habían resuelto convivir y compartir el sesenta por ciento restante de sus breves existencias, un lapso enorme si uno toma en cuenta que los dioses a pesar de ser inmortales no resignaban ningún período de sus vidas a tareas semejantes. Los padres de Helena habían decidido también ocuparse continuamente de una hija que les llevó un esfuerzo y atención permanentes durante muchos años; cuando ya podían desentenderse de ella siguieron atentos a cada pormenor de su itinerario de vida, expectantes sobre lo que le había pasado el día anterior y sobre lo que le sucedería al día, al mes o al año siguientes; permanecieron siempre más que visibles, presentes, muy presentes.

Nos sentamos todos en el living. Helena fumaba y hablaba poco. Los padres me preguntaban cosas, sobre todo la madre; tomaba una actitud tímida, como si tuviera alguna vergüenza en pedir datos personales, aunque era obvio que no tenía ninguna timidez ni vergüenza y que haría esas preguntas así

se viniera el mundo abajo. Unas ollas con comida hervían calculadamente en la cocina.

—Estás fumando mucho —dijo la madre a Helena. Sin esperar respuesta, se desentendió de su hija y se dirigió a mí—. ¿A vos no te molesta que fume tanto? —Desvió la mirada hacia el espejo y se acomodó un poco el saco que tenía puesto, mientras yo balbuceaba algo todo lo vago posible como para que el tema se disolviera; sabía que a Helena esa conversación la irritaría.

La ropa de los padres era bastante peculiar. Como prácticamente no tenían vida social —“mis problemas físicos, la vejez”, se justificaba ella— y como a pesar de dejarse exponer a seis horas diarias de televisión lo que allí veían les era más que ajeno —jamás se les habría ocurrido suponer que los personajes podrían representarlos, o que las imágenes publicitarias pudieran estar destinadas también a ellos—, no atendían a ninguna moda. El hombre tenía un pulóver que debía ser varios talles más chico de lo que correspondería; lo debía usar desde veinte años atrás, cuando pesaría veinte kilos menos. Sin embargo sería injusto decir que le quedaba mal: el pulóver había ido acompañando fielmente los cambios físicos del hombre, se había ido moldeando a ese cuerpo. Era como esos almohadones que se van adaptando a una hendidura en una silla y que no pueden ni pensarse por separado. Por otra parte había cierto esmero en el aspecto general: estaba muy bien peinado y afeitado, y sus zapatos exhibían un lustrado reciente, tal vez de ese mismo día. La mujer también se veía peinada con cuidado. Usaba una blusa azul con llamativas guardas plateadas; Helena me explicó después que prácticamente no compraba ropa, sino que reformaba la anterior; agregaba pedazos de tela, generando particulares combinaciones que

podían extrañar un poco a un observador como yo e irritar y deprimir a alguien como Helena.

La mujer empezó a hablar de sus problemas físicos, sus dificultades para caminar, sus visitas a médicos, la escasez del monto de la jubilación de su marido. Él escuchaba con una sonrisa y, me pareció, un poco ausente. Empecé a sentirme más cómodo con él que con ella. Pensé que cuando Helena y yo nos fuéramos la mujer debería recordarle en qué trabajaba yo, qué había dicho en respuesta a cada pregunta. Helena intervenía poco pero empezó a verse más tranquila. Detrás de nosotros, las flores que yo había llevado se apretujaban en un florero demasiado corto y estrecho.

Cada tanto la madre cambiaba bruscamente de tema, o daba indicaciones a su marido: que revolviera la olla, que apagara la radio. Él aceptaba esas órdenes con aire complacido. Helena me había anticipado que uno de los temas favoritos de su madre eran las actitudes, por lo general crueles y desagradecidas, de diversos hijos ante sus padres: mencionó el caso de los hijos del matrimonio del 2° K, que injustificadamente habían dejado de solventar el videocable de los padres, por lo que estos habían debido pedir la baja. Y el caso de una mediocre actriz, hija de una estrella muy famosa, que había declarado que su madre era una persona abominable, con lo que la había herido para siempre.

“Me están criticando a mí”, me dijo Helena a través de un mínimo gesto; yo ya estaba advertido sobre ese tipo de comentarios. El caso de la estrella y su hija llevó a que la conversación girara sobre hijos de famosos. La madre de Helena no debía tener interés en las agitadas vidas de los dioses griegos, pero estaba muy informada sobre las grandes estrellas y sus familias; las historias de estas eran igualmente tormentosas;

de relaciones tan breves como intensas surgían hijos muy distintos de los padres. Heredaban sólo la convicción de superioridad sobre el resto del mundo, su espíritu general independiente y alguna de sus virtudes: a veces su fuerza, otras su belleza o su talento. Cuando no tienen virtudes notorias se hacen notorios a través de acontecimientos impactantes: actos suicidas, odios desaforados, adicciones o ataques místicos. Helena en cambio no había vivido situaciones tan dramáticas; su vida se iba construyendo con esfuerzo e inseguridad: trabajaría mucho y dudaría siempre acerca de su brillo personal.

—Cuando era muy chica brillaba entre todos los compañeros —decía la madre—. Las maestras la adoraban. Después cambió mucho.

Era hermosa, y había sido la más inteligente durante todo el primario, subrayó. El recuerdo de ese temprano brillo no hacía feliz a Helena; tal vez eso le recordaba que, adulta, no había brillado parejamente. Helena manifestaba su incomodidad, mezcla de vergüenza y violencia, con unos tensos movimientos de la boca que yo ya le conocía, pero que nunca me habían resultado tan evidentes. Fue como ver la versión original de algo que, fuera de esa casa, siempre se disfrazaba un poco.

Quise ver una foto de Helena en el primario. La madre me mostró una foto aún anterior, de los cuatro o cinco años. Tenía un flequillo hasta la mitad de la frente y un dedo que se hundía un poco en la mejilla. Confronté la imagen con la de Helena treinta años después sentada a mi lado, fumando, un poco abstraída. La vi triste, con una expresión entre meditabunda y amarga, demasiado arreglada, un poco fea. Pensé que en un rato nos iríamos, y volvería a ser para mí una Helena sin padres. En ese sillón era la hija de unos padres a los que no quería, en una casa en la que no le había gustado crecer; allí sentada pare-

cía aquello en lo que se habría convertido si no hubiera dejado esa casa, si hubiera envejecido entre esas paredes, en ese sillón. Le di un beso y casi le digo: ya no vivís más aquí; estamos bien y vamos a ser todavía más felices, y yo te voy a ayudar.

Casi no tuve contacto con los padres cuando Helena murió. Hablé una sola vez por teléfono; no quisieron ninguna de sus cosas. Tal vez ya tenían todo lo que querían recordar de Helena: algunas fotos, algunos objetos de cuando era chica, que me habían mostrado en la primera visita. Fue un alivio no tener que verlos. No porque temiera que fuera a conmoverme su dolor, sino que hice mía la actitud que siempre tomaba Helena ante ellos frente a cualquier problema o hecho importante que atravesaba. En una oportunidad en que Helena estuvo con un principio de neumonía, veinte días con fiebre muy alta, sólo les dijo por teléfono, cuando ya habían pasado los peores días, que había estado levemente engripada. Ante ellos disminuía la importancia de nuestra relación. Cuando le faltaba trabajo les decía que tenía más que nunca. Una vez me dijo que si hubiera desarrollado un mal mortal lo que más la habría fastidiado hubiera sido tener la presencia gimiente de su madre a su lado. Nunca entendí esa actitud de Helena, pero cuando murió sentí que me habría sacado de quicio la expresión dolida de su madre cerca de mí.

¿Cómo habrían reaccionado los padres de Helena, si hubieran sido dioses griegos, ante la muerte de su hija? La llorarían breve y amargamente. Le rendirían funerales magníficos. La transformarían en algún pájaro o algún otro animal prestigioso o en un gran árbol. O la llevarían a brillar a una galaxia muy remota o a un lugar inaccesible como el infierno. Y los dioses seguirían haciendo su eterna vida. Si los padres hubieran sido estrellas del espectáculo, músicos, le dedicarían una

canción. Escuché que el hijo de un cantante de rock se cayó de un piso altísimo de un departamento en Nueva York o en Chicago. La caída fue desde un piso cuarenta o algo así, casi se podría decir que cayó desde el Olimpo. En el caso concreto de los padres de Helena imagino que seguirán teniendo el portarretrato con la imagen de su hija cuando era niña, que de todos modos ya no existía antes de su muerte. Tal vez cumplan con una veneración ritual, una visita mensual al cementerio de la Chacarita. Y su madre seguirá haciendo su eterna vida de enferma crónica, visitando a los médicos. Así que Helena por unos años recibirá en el cementerio el modesto culto de sus padres, y cuando mueran ni ellos ni Helena recibirán ninguno.

Al salir de la casa Helena se veía bien, tranquila. Se recostó sobre mí en el taxi.

—Qué linda está la noche —dije.

Me dio un beso que sentí parecido al que yo le había dado en su casa. Bajó un poco más la ventanilla, para recibir el viento directo sobre la cara.

—Sí, la noche es hermosa —murmuró, casi como si hablara semidormida, un eco de lo que yo decía y a la vez muy poco dirigido a mí.

—¿Venís a mi casa?

Asintió. En ese momento sentí que podía ser tan fácil y agradable vivir, dejar atrás partes de nuestras vidas como las esquinas que pasábamos, e ir hacia un destino completamente maravilloso. Quise hablar del departamento que compartiríamos, pero Helena había entrado en una especie de placidez ausente que no quise interrumpir. Esa noche nos dormimos muy temprano.

La búsqueda del departamento no fue demasiado larga. A la segunda semana encontramos este y me parece que ya desde que se abrió la puerta estábamos destinados a quedarnos. En realidad, la impresión general no debió ser para mí muy distinta que la que tuve de otros que vi antes. Pero ya resulta imposible pensar en este departamento como uno más, del mismo modo que cuando uno mantiene una larga relación con una persona resulta muy difícil volver a percibirla del modo en que se la conoció, cuando era una más entre muchas personas sin ninguna relevancia para nuestras vidas.

No me gustó que fuera apenas un segundo piso. En el palomar yo vivía en el piso catorce, y desde la única ventana se veía bien la ciudad, el cielo. En cambio, las ventanas de aquí, las de los cuartos y la de la cocina dan a patios interiores. Muy lindos, con enredaderas, pero interiores al fin. La del living sí da a la calle, pero a una altura poco apreciable, apenas la de la lámpara del alumbrado público. Pero es amplio, los cuartos son tan grandes, sigue estando en el Centro. No me atreví a decirle que quería estar en un piso alto, con una vista más abierta: íbamos a vivir juntos, por lo que sentí que no estaba bien insistir mucho en la importancia de poder mirar el mundo externo. A pesar de mis aprensiones me acostumbré a que no tuviera "vista", y efectivamente creo que el hecho de estar juntos me distraía de la necesidad de mirar por la ventana.

Ahora me gustaría poder mirar para afuera. El departamento da sensación de encierro aunque abra todas las ventanas. Cuando entro es tan notorio que durante horas aquí no hubo nadie. Y tiende a pasar lo que pasa cuando un departamento sabe que nadie va a entrar. Un perro o un gato se pondría nervioso y rompería algo; este lugar muestra su disconformidad con otras reacciones. Siempre me señala

que no dejó todo preparado para las horas en que no voy a estar. O me olvidó de cerrar una persiana por la que entra el sol de la tarde y se calcina la videocasetera, o no cierro una ventana y llueve y se moja adentro, o no dejó conectado el contestador, o una canilla que no cerré del todo inunda el baño. Es como que el departamento me hace sentir que lo abandono, o que no puedo manejarlo, o que lo hago mal. Hoy entré, y en el comedor se veía más la luz de afuera que la que esta iluminaba. Crea unas sombras espantosas, y hace pensar en un baldío visto de noche. Este lugar había aceptado por dueña a Helena, y a mí sólo porque estaba con ella. Es cierto que fue Helena quien puso más iniciativa para la mudanza y para las tareas de instalación en este lugar. Sin embargo yo colaboré bastante; fui el que puso extensiones de cables de teléfonos, las estanterías para los libros, las luces altas. Helena venía de convivir con dos amigas en un departamento al que no habían sido capaces de hacerle ningún tipo de tarea para mejorarlo, sólo lo básico para mantener un mínimo de orden e higiene. Ella se alegraba de irse de esa casa, pero sin enojo, más bien simplemente se alegraba de venir a la nuestra. Y todo era una novedad que le hacía mostrar su capacidad para la concentración y su muy escaso poder de decisión. Entre su interés y mi actividad todo se fue ordenando, y enseguida vivir juntos pareció lo más natural del mundo, como si ocurriera desde hacía tiempo. Incluso salíamos más y nos quedábamos menos adentro de la casa los fines de semana.

Pienso que todo esto ya va a pasar. Estar aquí en la noche es tristísimo. Es un tipo de tristeza que no puede disfrutarse en absoluto, no como la tristeza de quien escucha una canción triste, ni como la tristeza de quien ve el atardecer mientras

viaja en tren: me acuerdo de una vez, mientras volvía de Mar del Plata y veía la caída del sol, y era agradable sentirse triste. Es como una tristeza que hace sentir que uno está como deteriorado, disminuido, como si hubiera dejado de ser estimable para los otros, como poseído por un espíritu gris, poco atractivo. Siento que hasta los objetos que me rodean en la casa querrían abandonarme, se fastidian por tener que estar aquí conmigo. Yo sé que durante el día estuve por la calle y vi gente y me sentí bien, y que en la oficina entraba el sol por los ventanales y también me sentí bien, pero estar aquí me hace sentir una triste musaraña. Al lado del artículo de Helena, en el panel, vuelvo a colocar el de las musarañas, que se había desprendido:

Parece que nuestros antepasados habían sido criaturas insectívoras pequeñas, del tipo de las musarañas, que vivían por la noche en un mundo dominado por dinosaurios. Estos mamíferos pequeños descendían del gran grupo de reptiles parecidos a los mamíferos que vivieron su gran esplendor antes de la aparición de los dinosaurios.

Hoy me parece muy creíble ser un descendiente de una criatura insectívora pequeña que vivía por la noche en un mundo que de día estaba dominado por dinosaurios. No me hace bien quedarme estas noches acá adentro. Las musarañas saldrían por las noches, no se quedarían encerradas en sus madrigueras. Yo sería una musaraña fracturada, que no puede salir ni de día ni de noche. Ahora querría dormir bien, levantarme temprano. Podría tomar una pastilla, pero estuve evitándolo y me gustaría seguir evitándolo. Cuando era más joven, hasta poco antes de conocer a Helena, tomaba pastillas

para dormir, pero hace años que no lo hago. Helena si tomaba, y todavía están en un cajón. Me había propuesto hoy hacer una serie de cosas que ni recuerdo muy bien. Debería salir o tomar una pastilla o dormir, cualquier cosa excepto estar aquí inmóvil. Creo que voy a tomar una pastilla, y en un rato me importará menos irme o quedarme.

Meses después de mudarnos un amigo de Helena que vino a cenar contó que cuando era chico jugaba con sus primos a la búsqueda del tesoro, e inventaba mapas que indicaban el lugar donde ese tesoro estaba oculto. A mí nunca me interesó demasiado ese tipo de mapas; prefería los auténticos, o los que representaban países imaginarios completos. Reducirlos a la función tan privada y tan utilitaria como la de ubicación de un tesoro me disgustaba. Le pregunté si esos mapas sólo localizaban el tesoro o tenían algo más. Marcábamos algunas otras cosas, dijo, un poco sorprendido. Cuando continué con el pedido de precisiones Helena se rió y le dijo que no habría debido sacar ese tema. Simulando extrema seriedad, le comentó a su amigo:

—Una vez me dijo que soy su séptimo continente.

Yo me acordé de que vi en una película pornográfica un mapa en manos de un muchacho que buscaba un tesoro. Se hacía lugar entre unas plantas que querían representar un bosque. Lo que terminaba encontrando era una tribu de Amazonas. Esos mapas están bien en las películas pornográficas: después de todo, los lugares de esas películas son igualmente poco precisos: el bosque no es un bosque en particular sino cualquier bosque, la playa es una playa cualquiera. El tiempo en que ocurre es también indeterminado. Es algo

parecido a lo que sucede en los cuentos de hadas: había una vez, en algún lugar. Miré a Helena, que iba ocupando un lugar tan preciso en mi vida, era una mujer cada vez menos general y más particular, propia de un tiempo también muy determinado de mi historia. En ese momento tuve ganas de volver a ver una película pornográfica, que me trasladara de lugares, momentos, y personas tan particulares a un espacio más general, más indeterminado. Pero lo que ya estaba planificado era que debíamos ir al cumpleaños de otro amigo de Helena, y allá iríamos.

El amigo de Helena anunció que de ninguna manera iría a ese cumpleaños: estaría presente Eliana. Helena y él hablaron durante casi una hora más de esa mujer, que también trabajaba en la universidad, y que había sido amiga de ambos hasta que se distanciaron bruscamente; ella no los había recomendado para un grupo de investigación. Analizaron con minuciosidad la conducta de Eliana. Lo que yo entendía era que esa mujer era alguien a quien todo el mundo tomaba en cuenta, y que conseguía ser el centro de un tan animado como conflictivo grupo; algunas personas entraban con entusiasmo a esa trama de relaciones, y otras padecían una repentina y dramática exclusión: Helena y su amigo destinaban largas y fervorosas conversaciones a la tarea de criticarla. Aunque no podía participar del tema, me gustaba ver a Helena hablar así; parecía más joven y entusiasta que nunca, como una estudiante de un colegio secundario que tomaba los problemas con sus compañeras con más pasión que cualquier otra cosa en el mundo. El amigo también parecía más joven de lo que debía ser. Él era más o menos de nuestra edad, debía tener ya treinta y tres, treinta y cinco años, pero sólo hablaba de compañeros

de facultad, de amigos, de profesores. Había salido con un profesor hasta hacía poco tiempo, y había iniciado otros acercamientos con otros colegas o jefes, con lo que las referencias profesionales, de amistad o amorosas se mezclaban notablemente. En el ambiente de ex compañeros de Helena, todo el mundo habitaba una edad indefinida, parecía haber poca distancia entre los graduados recientes o estudiantes morosos y los profesores ya instalados, y muchos de ellos dejaban, formaban o cambiaban parejas dentro del mismo grupo. Helena era una excepción, pero era claro que ella no formaba parte del todo de ese ambiente: una vez recibida, no pudo seguir trabajando en la misma universidad; cuando la conocí ya vivía de dar clases en colegios o en otras universidades más pequeñas y distantes, más conservadoras, en las que el ambiente que se forma parece bastante similar al de mi oficina.

El visitante se fue, y nos preparamos para partir. La casa del cumpleaños estaba en un barrio lejanísimo de la capital, casi llegando a la provincia. Un taxi habría sido muy caro, por lo que nos resignamos a ir en colectivo. Consultamos la guía de la ciudad, y descubrimos uno que salía de San Telmo y que después de un complejo itinerario llegaba a nuestro exacto destino.

El viaje fue interminable, por calles con mucho tránsito en la mayor parte del recorrido. Yo me sentía un poco agobiado ya antes de salir, y mientras veía subir y bajar gente pensaba que no me hacía feliz ir a ese lugar en particular, la casa de alguien que no conocía, e incluso sentí al mirar el perfil de Helena que no quería estar puntualmente con ella; habría preferido esa noche no estar atado a nadie, hablar con personas en general, con una mujer más general, menos particu-

lar. Me resultaba asombroso que el conductor encarara tan decididamente un trayecto tan complicado; sin duda debía hacerlo con frecuencia, y no se equivocaba nunca.

Por fin, llegamos a la casa. Había un gran patio con bastante gente. Todos hablaban como si mantuvieran una relación más que estrecha, y se interpenetraban todavía más gracias a la conversación. A los recién llegados como yo parecían decirles: nos conocemos muchísimo y explotamos al máximo nuestra gran capacidad de comunicación. Era para mí un poco desalentador: qué podía hacer frente a gente tan íntimamente relacionada alguien que debe comenzar por dar a conocer su nombre. Helena lo dio a conocer a un par de personas que me presentó; me dieron un vaso de vino, y me senté a tomarlo en un sillón vacío y un poco apartado. Empecé a relajarme. El sillón no se movía, la gente se movía poco, la luz era agradable, el vino me daba calor y calmaba mi impaciencia. Helena andaba de un lado a otro hablando con distintas personas. A veces me señalaba, y una vez me pidió que me acercara, pero yo sonreí y me quedé sentado como si no entendiera.

Allí conocí a Eliana. La imaginaba alta, con aspecto enérgico y algo mayor que Helena, pero se trataba de una muchacha de no más de treinta años, delgada, muy arreglada y bastante bonita, con aire de persona muy segura de sí y expresión más indiferente que amable. Era muy rubia, lo que de alguna forma influía en que su imagen segura y sin imperfecciones lo fuera aún más; estaba como galvanizada en la imagen que había conseguido y que paseaba entre la gente. Se acercó a mí mostrando curiosidad por lo que podía encontrar, y a la vez hacía visible un desinterés total: me observaba como lo haría después con los peces de la fuente del patio. Me gustó que me hablase, aunque frente a su mirada no me

sintiera como un pez en el agua. Se sentó en el brazo del sillón y me miraba desde allí. Le ofrecí hacerle lugar, pero no quiso; ella prefería quedarse sentada en el brazo: hacía más casual que se hubiera detenido a mi lado. Era como un pájaro que se posa en una cornisa cualquiera, mira lo que está por ahí, y se queda un buen rato o se va enseguida, pero para el que es tan poco comprometida una estadía larga como una corta. Sentí que mi sillón era una isla apenas habitada por mí y visitada muy de tanto en tanto por alguna ave migratoria. Como al pasar, Eliana me hizo unas preguntas y luego se fue. Helena nos observaba desde lejos, no intervino pero estaba atenta a la presencia de su amiga cerca de mí; dejó pasar un rato y luego se acercó para preguntarme de qué había hablado. Cuando traté de enumerar lo que me había preguntado Eliana, enseguida perdió interés; esas indagatorias de Eliana, decía, le resultaban previsibles. Se quedó un rato conmigo pero como si pensara en otra cosa, y se volvió a ir.

Yo seguí tomando vino; hablé con el del cumpleaños, otro ex compañero de Helena. Después de que ese muchacho se alejó hacia otros destinos más llamativos que mi isla, me quedé solo y seguí tomando. Yo era un terreno poco interesante para colonizar. Alguien no tan joven ni tan delgado como ellos, sentado en un sillón un poco aislado. Más allá había unos arc hipiclagos más poblados y animados. Cada tanto algunos viajaban por provisiones hacia la mesa, cuyos tesoros eran rápidamente saqueados. Al tiempo empezó la lluvia, intensa, continua. Entramos al living de la casa y pusieron música. Detrás de los vidrios se veía otro jardín con unas pocas plantas; parecía caer demasiada agua para ese rectángulo pequeño y oscuro. La lluvia daba calidez a la escena de adentro. Pusieron música y bailaron, y me entristecí, pero con una

tristeza tibia, agradable. De noche, si uno se queda un buen rato mirando la lluvia se pone un poco melancólico al mirar a las personas, se hacen menos trascendentes, o más mortales.

Helena bailaba con un grupo de amigos, Eliana inclusive; por momentos, ellas dos dejaban de bailar y hablaban. Después Helena se acercó a mí, más cariñosa que antes, y compartió mi sillón un momento. "Un poco, Eliana y yo nos reconciamos", me dijo. Al rato quiso que nos fuéramos. Llamamos a un taxi, que tardó bastante en venir. A las seis, cuando partimos, había dejado de llover y empezaba a aclarar.

El viaje de retorno debía ser mucho más rápido que el de ida - en taxi, y con menos tránsito -, pero había llovido demasiado y todos los lugares por los que debíamos pasar estaban inundados. Ya era pleno día cuando el taxi aún no había hecho la mitad del recorrido. Helena había tomado demasiado y se sentía mal. La abracé.

"Dicen que Pacífico también está inundado", dijo el taxista. "¿Se puede ir por otro lado?", pregunté. "Metiéndose por allá, pero tampoco es seguro". El "allá" era impreciso, y también eran imprecisas sus ventajas, así que fuimos por Pacífico.

Súbitamente nos encontramos en medio de un lago, o un río indeciso en cuanto a qué rumbo debía tomar. El agua estaba muy alta, y había hecho perder la dirección a varios autos que estaban en ángulos diversos, como una escuadra de barcos dispersada por un tifón. Nuestro taxi avanzaba con mucha, mucha lentitud. Empezó a entrar algo de agua por la puerta. Helena y yo nos manteníamos en silencio. Lo que pasaba era alarmante, pensé, pero no estaba alarmado, sólo observaba el pequeño chorro de agua que entraba por la puerta. Esa extraña situación en un entorno tan conocido me

hacia mirar todo como si fuera nuevo: veía los altos edificios de Pacífico, el Zoológico, el espacio reducido, mullido, beige, del interior del taxi. Este auto puede inundarse, pensé, y no conseguía ponerme nervioso; era como si la nueva realidad que todo adquiriría me estuviera distraendo. Helena se sintió peor y dijo que quería vomitar, que la acercaran a la vereda. No había vereda visible por ninguna parte: todo estaba parejamente inundado. No obstante, el taxista se detuvo, Helena abrió la puerta —entró más agua, pero no demasiada— y vomitó. Después quedó desvalida, tirada en el asiento, recostada sobre mí. Pensé en toda la energía que ella había desplegado en la reunión, y ahora estaba allí consumida, caída en mis brazos como un naufrago extenuado. Vi el gran arco de la entrada del Jardín Zoológico. En la otra vereda, la compacta hilera de edificios. Calles y veredas estaban unificadas en la gran superficie de agua. Noté que en medio de ella algo pequeño y oscuro emergía y se movía, unos metros delante de nuestro auto: me costó reconocer que se trataba de una nutria, o de algún castor, que dejaba asomar sólo su cabeza, nadando desde el lado de Plaza Italia hacia la otra orilla, como si supiera exactamente hacia dónde se dirigía. Un animal del zoológico suelto en una ciudad que, por unos minutos, era más apropiada para él que para nosotros. ¿Estaría también el zoológico inundado por dentro? ¿Se estarían ahogando los animales? Imaginarme a esos pobres animales empapados me entristeció, y vi el agua que había entrado al auto con una nueva aprensión. Traté de comentar a Helena mi inquietud. Miró la entrada del zoológico como si la viera por primera vez en su vida. Murmuró: “Qué horror, pobres bichos. ¿Es posible?”. Y después de unos segundos: “Peor la deben estar pasando en el Gran Buenos Aires”. Me imaginé que ella podía estar agonizando pero que

siempre sacaría unas últimas fuerzas para corregirme algún comentario. Después no hablamos más. El taxi consiguió dejar atrás la inundación y, abrazados en el asiento de atrás, en silencio, pensé que nuestro vínculo era cada vez más estrecho, a pesar de que muy poco de lo que había estado sucediendo desde horas atrás fuera particularmente estimulante. Era como si los acontecimientos se hubieran ido estableciendo para ayudarnos a crear la relación, como si un dios menor encarara la creación de un mundo y a los ojos de otro dios el proyecto pareciera demasiado imperfecto; cualquiera diría que la obra va mal hasta que sorpresivamente todo empieza a funcionar.

La ropa de Helena continuó en el mismo lugar desde el accidente. Aquel día yo acomodé lo que había quedado suelto: una pollera, un sobretodo y una bata. Todo estaba limpio; ella había lavado y ordenado todo el día anterior. Y la ropa permaneció así. Pregunté a algunas personas si querían llevarse algo: unas pusieron reticencias que me irritaron; otras se manifestaron dispuestas a llevarse algunas cosas, lo que también me disgustó.

Por último resolví entregar la ropa a una feria americana. Yo había visto una muy cerca de mi casa; tenía un abigarramiento y un colorido estimulantes. Además, la gente buscaba con auténtico entusiasmo. No me pareció mal que la ropa de Helena estuviera allí mezclada; era un ambiente mucho más animado que los tristes placares de la casa. Le pregunté a la empleada si estaban comprando ropa.

—Sí, la dueña se encarga en persona de la selección.

Remarcó el “en persona” como si fuera algo significativo que la dueña lo hiciera todo ella misma, que no delega-

ra su tarea, como un poderoso industrial que no rechazaría pisar los depósitos de cada infimo proveedor. La empleada me dijo que me llamarían por teléfono. Le informé que mi mujer había muerto en un accidente. Se me quedó mirando en silencio. Yo tampoco agregué nada.

Efectivamente la dueña llamó enseguida. Hablaba con voz ejecutiva, como en un papel de mujer de negocios norteamericana. Imaginé que intentaría algún tipo de regateo, e imaginé también el modo desdeñoso en que yo lo evitaría.

Sentado aquí mientras espero que la mujer llegue, pienso que no tengo nada que hacer sino esperarla, pero tampoco puedo estar aquí sentado esperando; faltan dos horas y estoy demasiado cansado. Puedo acostarme pero tengo miedo de no escuchar el portero eléctrico si me quedo dormido. Además, me voy a desvelar a la noche.

Doy unas vueltas por la casa pero sin objetivo, ni siquiera me parece que camino con normalidad, me canso como cuando uno camina en un lugar incómodo, que limita los movimientos y obliga a la lentitud, como en una feria o en una calle atestada. Finalmente me siento en el sillón del living, y ahora sí siento que me quedo dormido pero de un modo precario, muy insatisfactorio como forma de descanso, y me despierto sobresaltado. A pesar de todo llegué a soñar, un desorden de imágenes que pugnaban por hacerse espacio; cuando me desperté sentí que mi cabeza era una especie de desván en el que medio mundo se sentía con derecho para arrojar cosas. Entre otras personas apareció la mujer que había estado en Oslo.

Estoy despierto, como desvelado, y sigue en mi mente la imagen de esa mujer, que recluyó a los otros sueños en ese desván que una vez cerrado no vuelve a abrirse. En el modo

en que la recuerdo (no en el modo en que la soñé) ella está en excelente estado físico, como cuando la conocí. Aunque no la veo desde hace rato tengo la convicción de que sigue igual. Estuve con ella una sola vez, en una sala de espera de un médico. Me contó que tenía novio, pero que él vivía en Oslo. Y que lo que más le había gustado hacer en Oslo fue andar en bicicleta por las tardes, en sus calles tan tranquilas, soleadas, arboladas.

El barrio que rodea la Plaza Irlanda es residencial, bastante tranquilo y arbolado. Hay poca gente por las calles. "Por la noche debe ser la muerte", diría alguien que vive en una zona más céntrica. Sin embargo Helena murió allí por la tarde, no por la noche. Y el tipo de muerte que tuvo sólo es posible a plena luz del día. A la noche la gente se muere por ataques cardíacos, fiebres que suben sin control, agravamiento de problemas respiratorios. Las muertes diurnas son más inesperadas y más brutales: difícilmente uno pueda imaginarse que por la noche un colectivo pueda aplastar contra una pared a una mujer. Es una forma de muerte que en Oslo sería imposible. En esa ciudad la gente y los autos acatarían de buen grado las indicaciones de los semáforos, como si estos fueran personas amables que dicen "adelante, por favor" y entonces pasa quien corresponde. Un vehículo nunca llegaría siquiera a tomar la velocidad del que aplastó a Helena. A nadie, jamás, le tirarían encima trescientas toneladas. No debe existir ni un colectivo que arremete como en todas partes de Buenos Aires, brusco, veloz, impaciente, resoplando y retumbando por cualquier calle, abriéndose paso como un explorador que atraviesa la selva a machetazos, y los animales y todo lo que ande por ahí deben dejarle lugar precipitadamente.

Aunque el barrio que rodea la Plaza Irlanda es tranquilo, no es Oslo. El colectivo fuera de control que se ensaña con el cuerpo de Helena no hace pensar en las apacibles tardes de Oslo sino en la insolada inmovilidad de un pueblo latinoamericano, con casas cerradas y la muerte agazapada en cualquier parte, que de golpe salta sobre alguien y se lo lleva. O tal vez haya menos premeditación, a la gente la matan de un modo más casual, como si fuera víctima de un señor armado que anda de paseo, un cazador de retorno de un safari que dispara como al pasar a algo que ve moverse por ahí y sigue tranquilo hacia su casa. Vi en televisión que un hombre organizaba cacerías clandestinas en una reserva. Cuando lo vi quise matarlo, como si hubiera sido el que dirigió el colectivo contra el cuerpo de Helena.

Pienso si debo acomodar un poco su ropa o sacarla del placard. A mitad de camino entre el sillón y el piso, sigo inmóvil y pienso qué hacer. A medida que se acerca la hora convenida con la mujer la ropa de Helena va tomando cada vez más presencia. Como un visitante que está esperando el momento de irse, sentado en el cuarto, charlando con nosotros. Eso había pasado con una amiga de Helena que había venido meses atrás. Tenía empaquetado todo para irse, y se quedó sentada en el sillón; eran las cuatro de la tarde pero recién debía partir a las cinco y media. Estuvimos hablando durante ese rato. Pero como yo ya me había hecho a la idea de que era una ex visitante, en el tiempo de espera tuve la sensación de que ella ya estaba de más, y me costaba mantener el interés en la conversación; sentía que esa hora y media era mucho tiempo para alguien que de alguna manera ya no estaba.

Ahí está la ropa, esperando para ser retirada. No siento que vaya a suceder nada que lamentar. Por el contrario, llegará

para la ropa de Helena un momento de liberación. Es que nunca recibió un buen trato. Ella jamás miraba al placard con simpatía: abría las puertas e inspeccionaba muy detenidamente el contenido, con la actitud de quien dice esto es lo que hay, y lo que hay no es nada satisfactorio. Un guardiacárcel miraría a los presos con más simpatía. Helena hacía desplazar por el carril interno las perchas, y así analizaba cada una de las prendas. Después volvía a hacerlo en orden inverso, de modo que las perchas quedaban en la posición original, sin que nada fuera extraído. A veces se irritaba por la escasa luz que recibía el interior del placard, y acercaba una lámpara. Mientras miraba fruncía el ceño.

Todavía en el piso, escucho que suena el timbre. Abro la puerta y me sorprende ver a una mujer morocha, elegante, más bien baja. Por algún motivo me imaginé que la persona que se llevaría la ropa de Helena debía parecersele. La acompaño hacia el cuarto y señalo las puertas abiertas del placard.

—Yo tendría que haberla sacado de ahí, ¿no?

—No hay problema —dice, y se acerca resueltamente hacia su objetivo. Debe hacer un esfuerzo para llegar al barral y sacar las prendas, pero rechaza mi ayuda—. Qué placares altos, profundos —agrega—. Deberían tener luz.

Me pregunto cómo no se me ocurrió poner una luz dentro de los placares. Podría ser un sistema como el de la heladera; no parece tan complicado. Incluso podría haberlo hecho sin que Helena se enterara, para que cuando ella abriera la puerta del placard la luz hiciera resplandecer ese gran rectángulo oscuro. Qué enorme amargura, qué oportunidad estúpida y perdida. Esa luz habría hecho además que se le suavizara el ceño en el momento de la inspección. ¿Cómo, cómo no se me había ocurrido?

La mujer va sacando la ropa y distribuyéndola sobre la cama, las sillas, incluso el escritorio, siguiendo un criterio que no puedo descubrir. La trata con cuidado. Nunca Helena la trató así. Mi mujer, después de la instancia de inspección general, se quejaba: "No puedo ponerme nada de lo que está ahí. Tengo que comprarme algo". Entonces sentía que el comentario era frívolo, insuficiente, y endurecía el tono: "Es toda ropa vieja, pobre, pasada de moda". Tengo el impulso de contarle eso a la mujer. Tomando en cuenta el aspecto comercial de la situación no me convendría, pero lo que me termina de desalentar es que ella está tan abstraída que interrumpirla parecería inoportuno.

—Era una mujer alta —evalúa—. La mujer argentina, en promedio, es mucho más baja.

"Claro que sí era una mujer alta, no como vos, enana de mierda". Tengo que controlarme para no decirle nada así; yo creía que estaba tranquilo. Sentí que ella estaba aludiendo a la altura de Helena para justificar un precio bajo para la ropa. Pero eso no me alteró tanto: me sacó de quicio que lo hiciera con cara de "qué bien, qué alta que era", como si estuviera alabándola. Y ahora, además, me vienen ganas de llorar.

La irritación y la angustia se me pasan con la misma rapidez con que aparecieron. Entro entonces en un estado de tranquilidad, sin tristeza. Miro a la mujer y pienso: está muy vestida. Con demasiada ropa. La veo manipulando la ropa, y aparece la imagen de Helena, sacando y guardando cosas en el placard, siempre en ropa interior. Jamás con toda esa ropa negra, esos zapatos. Helena inspeccionaba el placard, sacaba tres cosas; encendía un cigarrillo y se sentaba, a veces ya muy peinada a pesar de no estar vestida.

—Desastre. Un desastre total —podía decir Helena frente a la terna de prendas posibles. Era un poco extraño verla en

esa situación, hablando más para sí misma que para mí, de ese modo tan agresivo. Inmóvil, la ropa extendida o colgada se dejaba insultar en silencio. Casi me daba pena la pobre ropa acumulada, yo habría cerrado las puertas del placard para que no escuchara a su dueña. Y pensar que cada prenda había sido tan cuidadosamente seleccionada. En algunas ocasiones, yo había acompañado de compras a Helena. Salía del vestidor y caminaba hacia mí. A veces yo la veía hermosa, y la elogiaba mucho. Otras veces la elogiaba del mismo modo, aunque no estuviera tan convencido. De todos modos no parecía atender demasiado a mis juicios, era como una modelo que espera los ojos admirados de una pequeña multitud levemente anónima debajo de la pasarela, y sólo encuentra la calurosa mirada incondicional del marido, o la muy condicionada mirada de la vendedora. Era más exigente con la ropa que con casi cualquier otra cosa. Era más tolerante con un libro malo que con una tela que se estira o se encoge.

Toda nueva adquisición tenía un lugar de privilegio por un tiempo. No se mezclaba con lo anterior. Ella esperaba tanto de cada compra. Caminaría más confiada y segura por las calles, atraería más la mirada de los otros, que pensarían: "allí va una mujer atractiva, elegante, con clase". Pero a los pocos días la prenda iba adquiriendo cierta medianía que la acercaba más y más a la despreciada condición de la ropa acumulada. Era como si Helena considerara que la ropa se había complotado para hacerla parecer anodina, desabrida, incluso un poco pobre.

La mujer prosigue con su tarea. En su feria americana hay cosas muy variadas, pero ella no dejará que todo entre de un modo atropellado, desordenado, y genere confusión alguna. Siento que yo necesitaría una persona así, que no deje entrar

en mí cualquier tipo de pensamientos, que me hacen sentir tan a menudo en medio del caos más deprimente.

—Hay un tipo de cosas —dice la mujer, con timidez impostada— que la gente, en general, no compra.

—No importa; si puede, llévesela con todo lo demás.

La ropa, veo, está bien. Pero es un poco aburrida. Pobre Helena. Tal vez el problema era que le faltaba cierta audacia. Para llamar la atención en cualquier actividad, supongo, hay que hacer cosas un poco por fuera de lo correcto. Las sutiles diferencias entre lo que uno hace y lo que hacen los demás, por más que esas sutilezas sean indicio de algo esencial, no son percibidas por los demás en absoluto. Helena hacía esfuerzos para estar bien vestida, pero sus esfuerzos no daban resultados notables porque en realidad tampoco se decidía a ser realmente notable. Quiero decir, no se puede querer llamar la atención y a la vez no llamar la atención. Lo “apropiado” no llama la atención, y supongo que el colmo de lo apropiado, lo “apropiadísimo”, tampoco.

—Está todo muy cuidado —dice la mujer.

Sí, se esforzaba en tener todo muy cuidado, pienso. Tanto esfuerzo para nada. Se esforzaba en todo: en su trabajo en la universidad, en el cuidado de la casa, en su cuidado personal. Como tantas otras personas que conozco ponía todo su esfuerzo en ser lo que más o menos se debe ser: más o menos estable afectivamente, económicamente. Los esfuerzos resultan, y uno arma una personalidad presentable. Uno no es un “desastre”, como es calificada la gente que descuida alguno de esos aspectos. Pero los esfuerzos que lleva armar esa correcta vida dejan tan poco espacio para más. Yo sé que Helena sentía algo así. Incluso no quería tener hijos para no tener algo más que integrar a esos esfuerzos, una atadura

extra. ¿O sería lo contrario? Un hijo le desarreglaría esa vida que iba armando con laboriosidad. Tal vez hubiera querido concentrarse más en algo, en su carrera, en su vida doméstica o lo que fuera, y ser un “desastre” en lo demás. Lo seguro es que yo no la había ayudado demasiado en eso. La ayudaba en sus distintas ocupaciones y listo; tal vez fuera lo peor que yo podría haber hecho. Cada vez que llego a ese punto, me vuelve la angustia, así que decido hablar con la mujer:

—¿Qué le parece?

—Un par de talles más chico, y todo se vendería automáticamente: es muy buena ropa. Y hay cosas muy lindas.

¿Le habrá dicho la empleada que Helena había muerto? Seguro que sí. Y la mujer evita aludir a eso. Está bien que sea discreta, pero yo sí quiero hablar de Helena, mientras veo cómo es doblada una remera de seda, abierta, del tipo de una musculosa, que Helena usó tanto el verano anterior. Y que yo le había sacado tantas veces, era tentador y fácil sacarla. Realmente es ropa atractiva. Muchas mujeres comprarán contentas las remeras, y andarán por ahí paseándolas. No falta mucho tiempo para que empiecen días de calor. Me sorprende ver la musculosa y la ropa en general tan linda. A pesar de mi convicción de que los comentarios de Helena sobre el tema no eran razonables, yo me había convencido de que en el fondo su ropa se merecía cierto desdén. Muchas de esas prendas estarán felices en otros cuerpos; tal vez otros cuerpos serán más felices con esa ropa de lo que fue Helena. Terminado, meses después de su muerte, el complot que había emprendido la ropa para hacerla parecer pobremente vestida, vuelven a ser las prendas por las que Helena se había sentido atraída en los negocios. En cuyo poder transformador había creído tanto. El entusiasmo sería breve, pero

el maltrato posterior de Helena por la ropa duraría años: no se desprendía de nada. Ahora empezará la gran dispersión. Toda la ropa se va y no llegará ninguna otra. Me queda la imagen de Helena, su desnudez en ese cuarto mientras piensa qué ponerse. Las prendas desaparecen antes que mi recuerdo de Helena, por lo cual, en lo que a mí respecta, ella se queda ahí sentada, semidesnuda, pero ya sin tener nada con qué vestirse, los placares vacíos. Casi temo que Helena, ya peinada y maquillada pero en ropa interior, me mire y me pregunte: “¿Y ahora qué me pongo?”. La ropa que siempre estuvo cerca de Helena está por dispersarse. Y ya está sucediendo: va siendo agrupada de una forma que Helena jamás habría decidido. Sus objetos son como planetas cuyo sol desaparece y no pueden girar más a su alrededor. Supongo que morir se puede verse así, no poseer ya la facultad para hacer que personas y objetos giren alrededor de uno. Todo lo que nos rodea se dispersa y pasará a formar parte de otros sistemas. La ropa irá hacia otros cuerpos, los amigos descubrirán nuevas afinidades. La mujer me pide ayuda para bajar la ropa, que termina en el baúl de un viejo pero muy cuidado Fiat 128. Me da el dinero —que sea tan poco me tranquiliza; no puede decirse que yo “hice negocio” con la ropa de Helena—, y nos saludamos con un profesional apretón de manos. Se sienta al volante y arranca. Voy siguiendo con la vista el pequeño auto de la pequeña empresaria en jornada de negocios, que se va con la secreta carga de la ropa de Helena. El auto se pierde entre los otros, y entro al edificio.

Mientras uno está buscando “poner orden” siempre aparecen objetos con los que no se sabe bien qué hacer. En

los preparativos de una mudanza, esos objetos parecen multiplicarse; cuando los cuartos empiezan a estar vacíos, las cosas sueltas toman posesión de las habitaciones. Así, de los movimientos en placares y cajoneras para sacar la ropa de Helena quedó como curioso resultado un conjunto de cosas dispersas muy poco relacionado con la ropa: un teléfono a disco, en desuso desde años atrás; una tapa de una enciclopedia no encuadrada. Lo más visible para mí, sin embargo, fue un catálogo de una exposición de fotografías a la que me había llevado Helena. En la foto de tapa del catálogo se veía una gran boca pintada de rosa; tal vez la boca no fuera originalmente muy grande pero la reproducción sí lo era. Y se veía también parte de una margarita, a la izquierda de la foto: grandes pétalos que cubrían un cuarto de la foto y de la boca.

La fotografía, había dicho alguien en la exposición, tenía “mucho detalle”: ni la boca ni los pétalos eran una superficie homogénea. En la ampliación se veía cada detalle de la trama de los labios, los más mínimos pliegues, la textura del lápiz labial, los poros y pequeños pelos alrededor de la boca. Los labios estaban entreabiertos y se notaban leves grietas en el esmalte de los dientes, que una mirada normal tampoco habría sabido percibir. Ese tipo de fotos perturbaba un poco a Helena. Para ella, como para cualquiera, la piel ideal es la que no muestra el menor detalle de su trama. Es decir, la piel ideal es la que crea la fantasía de que es regular como una lisa superficie pintada. Ese ideal de piel “joven” se pierde cuando a una distancia media ya se hacen visibles los poros, pequeñas arrugas, un color no del todo parejo. La cara de Helena ya dejaba ver esas marcas, y el momento del maquillaje, especialmente antes de una salida de fin de semana, se convertía en un crucial desafío, una tarea seria y exigente. Después de

la ducha Helena salía resplandeciente del baño, junto con el vapor que se había concentrado allí y una suave mezcla de los olores del jabón, del shampoo, de los maquillajes. Yo quería estar cerca para recibir esa bocanada de aire tibio, húmedo, perfumado, y la imagen de Helena envuelta en ella. Tenía una expresión tranquila y ausente, la de quien estuvo ocupado y abstraído en una determinada tarea y por fin levanta la cabeza y mira al mundo, pero aún sin conectarse del todo con él. Venus nació de la espuma del mar, dicen, y la imaginó apareciendo así, fulgurante, un poco ausente, en medio de una cálida brisa aromática. Después venía el momento de la elección de ropa, que era el que producía mayor tensión. Finalmente quedaba preparada, y se sentaba a tomar un té. Minutos más tarde, iba a tomar alcohol, fumar mucho, bailar, trasnochar, todas actividades que exigen bastante al cuerpo. Sin embargo, los preparativos consistían en un despliegue de esfuerzos para elaborar una imagen que se alejaba bastante del cuerpo real, el que mostraba mientras dormía, sin ropa ni pose ni maquillaje. Tomando en cuenta las tareas de preparación, uno podría pensar que si le hubieran dado a elegir habría dejado su cuerpo en casa y sacado a pasear su imagen; se habría duplicado y habría hecho circular por la calle sólo su perfumado holograma.

Después de tomar su té se decidía a salir. Evaluaba mi ropa, mi pelo, la combinación del aspecto suyo y del mío, y salíamos. Allí volvía a moverse con cierta tensión. Parábamos un taxi, subíamos; ella tomaba el aire de aristócrata que sube a un carruaje para emprender una importante misión que podía tener como consecuencia algo vital para los destinos propios y de su nación o, si salía todo mal, la ruina, la guillotina. A medida que continuábamos el viaje se iba despreocupando,

parecía perder la idea de que estábamos encarando una misión difícil, y cuando llegábamos y simplemente se veía lo que siempre se ve en esos lugares tenía un pequeño sobresalto emocionado, y la sensación de que la vida era más sencilla de lo que uno suele creer.

No fuimos muchas veces a discotecas, pero me parece que “íbamos a discotecas”. Cuando pienso en qué hacíamos en nuestras salidas vienen a mi memoria las mismas imágenes. Recuerdo una vez en que entramos a la discoteca y Helena pareció animarse por las luces, el ambiente general, y empezó a tomar alcohol, un margarita: ahora, cada vez que pienso en “Helena en una discoteca”, no puedo evitar recordar el momento en que tomaba de mi mano el vaso y empezaba a beber el margarita, aunque lo haya tomado sólo en esa oportunidad. Después encontré a dos conocidos, el amigo que la había visitado antes de ir a la casa el día de la inundación y un ex compañero menos recordado; los saludó y se puso a charlar con ellos, muy entusiasmada. Fue una suerte encontrar gente conocida; la distrajo un poco de mí y se sintió más integrada al lugar. Yo fui a dar una vuelta; no encontré a ningún conocido, pero una mujer un poco mayor que Helena me sonrió y yo también le sonreí. Reanimado por ese contacto mínimo seguí recorriendo todo, incluso me senté a terminar solo el trago que había pedido. Después volví al lugar donde estaba Helena, que bailaba con los dos muchachos; más bien bailaba cada uno por su lado, pero sostenidos por la existencia cercana de los otros. Vi que otro se acercó a Helena y le dijo algo al oído; ella se rió y cabeceó una negativa, contentísima. Siempre me llamó la atención las opuestas posibilidades que ofrece una discoteca: perderse en una multitud y también sentirse un individuo fatalmente distinto y aislado del resto, atraer y ser

atraído o ninguna de las dos cosas en absoluto, necesitar estar solo para seducir y a la vez necesitar sostenerse en otros, ser sólo un cuerpo que se mueve y transpira y ser al mismo tiempo sólo la imagen que uno prepara para la mirada de los otros.

Cuando llegué al lado de Helena me recibió como si no me viera por horas, o como si ella hubiera ido sola y nos encontráramos allí por una muy feliz casualidad. Y para mí también ella era alguien nuevo, distinto; el hecho de que durante un rato no se diera cuenta de que la estaba mirando había hecho que se comportara de un modo diferente. La vi como una más de las mujeres de la discoteca, o más bien, como si se agregaran a la imagen de Helena algunos elementos de las otras: me pareció que tenía zonas desconocidas para mí, deseos que podían armar, en su imaginación, escenas que tal vez me excluyeran por completo. Además, se convirtió en una mujer que podía ser deseable por otros que podían acercársele y decirle al oído los comentarios que más rápidamente la llevaran a tener sexo y punto; en ese momento no importaba mucho que yo estuviera con ella desde hacía tanto tiempo, que la conociera mucho más. Tal vez incluso ese "profundo" conocimiento que yo tenía fuera tan verdadero o tan falso, tan parcial o tan esencial, tan objetivo o tan sesgado como el del tipo que la vio y que la quiso sólo por esa noche. En esa noche tal vez a ella le agradara ser justamente sólo un cuerpo que podía disfrutar un contacto efímero y nada más.

Los dos conocidos de Helena se fueron; se prometieron salir todos juntos otra vez —yo volví a ver sólo a uno de ellos, el que nos había visitado en la casa—, y nosotros nos quedamos juntos y jugando, creo, a que éramos como cualquiera de las efímeras parejas que se estarían formando en ese momento. Ella no quiso tomar más alcohol y nos fuimos. Llegamos a

casa y se disolvió del todo la distancia que se había creado desde el momento en que preparaba su imagen para la salida; ya no quedaba nada de esa imagen, la piel no era la superficie observada a media distancia sino que sólo existía en función de nuestro contacto.

Ella se durmió enseguida; yo no. Me gustaba verla acostada, su cuerpo relajado; se había apagado la energía que la había sostenido las últimas horas y sólo quedaba su cuerpo inocente; la piel ya no era en absoluto la parte exterior del cuerpo, la destinada al mundo, sino algo tan interno como su corazón o sus pulmones; al poder verla en ese momento sentía que se me estaba permitiendo acceder a algo plenamente íntimo. ¿Me miraría ella a mí, como yo la miraba a veces? Puede ser; lo seguro es que nadie me mira ahora así cuando me duermo. No puedo saber quién me va a querer como Helena en el futuro; cuando me vienen esos pensamientos pienso también que lo mejor es disiparlos y conseguir que aparezcan otros distintos, aunque también uno sabe que no puede manejar los pensamientos a voluntad: no queda más remedio que soportarlos mientras están y por el indeterminable lapso que deseen permanecer en nuestra mente.

Graciela me acaba de dejar un mensaje en el contestador. No le hablo desde hace meses, desde antes de la muerte de Helena. Años atrás la veía seguido; en un momento me fastidié con ella y casi dejé de verla. Una vez Helena y yo estábamos en una reunión, y aunque no venía muy al caso ella comentó, con el tono de quien recuerda no algo guardado en un lugar perdido de la mente sino que está muy a mano, en uno de los lugares más frecuentados de la memoria: "Él se peleó con una

amiga porque no se podía orientar con los mapas". Y un poco más tarde: "No te equivoques con nada de geografía. Puede llegar a no hablarte nunca más". No es que yo no soporte los errores. Es que, creo, me entristece que las personas conozcan tan poco de todo lo que no es su entorno inmediato. Si uno mira con alguna atención los mapas, aprende datos —en realidad, bastante pocos—, acerca de dónde están países, ríos, qué está cerca de qué, el nombre de capitales y otras ciudades. Me parece una forma de descortesía espantosa no saber al menos eso del resto del mundo. No tener esos datos es como estar siempre entre las mismas personas y no dar ninguna importancia, no asignar un ínfimo lugar en la propia memoria siquiera a sus nombres. O vivir como un animal, con alguna idea sólo del lugar que uno ocupa, y absolutamente nada más.

Ahora que lo pienso nunca supe con exactitud cuán ubicada estaría Helena en medio de un mapa. Siempre que uno decide llevarse bien con alguien, puede acostumbrarse a no tocar ciertos temas, a tal punto que pueden pasar años sin que salte el punto posible de conflicto. Nunca percibí un error grueso de Helena, por lo que no debía cometerlos, pero tampoco la puse nunca a prueba, y ella no se exponía demasiado.

Sin embargo, recuerdo una vez en que se enojó mucho:

—Vi un lavadero automático, para el lado de Independencia —Helena agregó un gesto con la mano, como indicando "atrás", o "más allá".

—¿Sobre qué calle?

—Para allá, después de Tacuarí... sobre... la segunda.

—¿Chacabuco?

—No sé. ¿Cuál viene después de Tacuarí?

—Te muestro —tomé un lápiz y papel.

—No me irás a hacer un mapa, supongo.

Me quedé quieto, y luego dejé el lápiz. Ella tomó el block, lo devolvió a su lugar al lado del teléfono, y se sentó en el sillón. Se la veía furiosa.

—Me tratás como a...

Instantáneamente yo supe que iba a mencionar a Graciela. Ella nunca conoció nada de Graciela, excepto el muy breve relato mío sobre cómo me había irritado que me dijera que no se orientaba con los mapas. Por algún motivo, a esa referencia la tenía siempre disponible, y constituyó una información importantísima sobre mi personalidad.

Luego de sacarme el block y dejarlo al lado del teléfono, se sentó en el sillón. Arranqué la primera hoja e hice un bollo. Yo no había llegado siquiera a efectuar el primer trazo del mapa, por lo que para un observador ajeno la hoja permanecería en un blanco total, pero tanto Helena como yo veíamos allí el fantasma del mapa frustrado. Helena se quedó fumando sin mirarme, ocupada sólo en acariciar la rana de peluche, de grandes y melancólicos ojos verdes, que estaba apoyada en el brazo del sillón. Helena la trataba como si fuera un animal real, tal vez un gato: le pasaba un dedo entre los ojos, le acariciaba el lomo, le apretaba un poco una pata. La rana se dejaba acariciar, claro. La imagen era la típica de persona sentada en un sillón con un gato acariciado en el regazo. Sólo que yo sabía que ella estaba furiosa conmigo, y el gato no era un gato sino una gran rana de peluche. Mi estado de ánimo osciló entre la angustiada necesidad de que dejara de estar enojada conmigo y el fastidio al verla acariciando ese objeto estúpido. Me acerqué y apoyé la cabeza sobre el brazo del sillón, sin mirar a Helena, muy cerca de la rana que estaba siendo acariciada, como un perro un poco celoso de que la atención de su amo se dirija a otra mascota, y como si esperara que

parte de esas caricias pasaran a mi cabeza. Después de unos segundos escuché que se reía un poco y sentí su mano sobre mi pelo. Me tranquilicé, pero a la vez creció mi fastidio ante la imagen de Helena acariciando la rana. Yo recordaba el enojo y el desaliento de Graciela cuando me irrité en el momento en que ella confesó su mala relación con los mapas. Graciela se había puesto a jugar con un gato –uno de los dos gatos con los que vivía, gatos reales–, mientras yo, después de un rato de silencio, como dos años más tarde haría con Helena, me acercaba a ella y me hacía el celoso de que fuera el gato quien recibiera las caricias.

Era curioso que Graciela tuviera una presencia tan recurrente entre nosotros. A pesar de que Helena intuía que yo había salido un tiempo con ella, no tenía celos. Cuando uno está celoso de una persona siente que compite con ella; lo que Helena temía era descender en mi estimación hasta acercarse a la devaluada imagen de la otra mujer: lo más deprimente era el lugar poco prestigioso que alcanzaba, más que la competencia posible. Por otra parte yo me había reconciliado un poco con Graciela y había ido a su casa un par de veces durante el tiempo en que estuve con Helena, pero era claro para mí que ir cada tanto a visitarla no tenía ninguna consecuencia. Vivía en un departamento en Constitución, una casa muy vieja y no muy bien conservada; Graciela no tenía ningún oficio, y vagaba entre variados empleos transitorios –encuestadora, recepcionista, vendedora– y meses de desocupación. Estaba fuera de cualquier moda en cuanto a ropa, música, hábitos. Sólo había incorporado, de los estímulos del mundo, el interés por terapias alternativas y el profundo desinterés por cualquier cuestión social, política. Uno entraba a su departamento y sentía que estaba en un refugio aisla-

do del mundo, con gatos, muebles reciclados y extrañamente pintados, objetos de decoración bastante eclécticos, sahumerios, velas. Graciela pretendía crear un lugar que eliminaba las tensiones de “afuera” pero, más que eso, lo que eliminaba era la propia existencia del mundo. No sabía ubicarse en un mapa, y eso se notaba en el departamento: dentro de él uno no sabía en qué año estaba, en qué lugar, en qué barrio. De mi contacto eventual con ella no surgía ningún conflicto: la casa que compartía con Helena y la de Graciela no estaban separadas por veinte cuadras sino que estaban en mundos distintos. El llamado en el contestador me inquieta bastante: sin Helena, el mundo que habita Graciela puede avanzar sobre mí, y me angustia que eso suceda, no quiero estar en un mundo que no parece estar en el mundo. Por el momento no le voy a contestar el mensaje.

Si Helena podía no sentir celos en absoluto de ex novias mías, o de mujeres que yo veía cada tanto, a veces alcanzaba muy poco para que los celos aparecieran con violencia; un cruce de miradas que percibía entre alguna mujer y yo era suficiente para que entrara en un violento estado de alerta. Eso sucedió la vez que conocí a Mara Martino. Algo parecido sucedió con otras mujeres, pero lo que más recuerdo es el caso de Mara Martino, porque sigo pensando en ella; en particular, sigo viendo la imagen del momento en que la conocí.

Helena y yo estábamos en el departamento del jefe de ella en la universidad. Era un piso en Barrio Norte, antiguo, con un living inmenso y grandes sillones dispersos. Entre los diez, doce invitados Helena y yo éramos los más jóvenes, lo que me sorprendió; esperé ver un ambiente como el de los ex compañeros de Helena que cada tanto yo veía. En ese momento me di cuenta de la diferencia entre el ámbito en el que estaba

trabajando y el de la universidad en que había estudiado; no supe darme cuenta si los dos ambientes eran realmente tan distintos, o si era la natural diferencia entre los vínculos de ex compañeros y los de colegas en un ambiente de trabajo concreto.

En ese enorme living y en el comedor todo podía generar comentarios de admiración: desde la calidad de las puertas semividriadas a la madera del piso y de las paredes, desde cada objeto de decoración hasta el contenido de las bibliotecas. Helena limitó los comentarios apreciativos a los cuadros; yo, que estaba al lado de una mujer mayor bastante elegante y con cara aburrida, empecé a alabar todo; la mujer mayor se impacientó un poco y me dijo: "sí, sí, todo es muy lindo". En ese momento se formó un silencio que se interrumpió, o se profundizó, por la entrada de Mara Martino. Le abrieron la puerta y entró, con lentitud. Nos separarían casi diez metros, pero el sector con los sillones donde estaba sólo yo —la mujer mayor acababa de desaparecer de mi lado— era la primera zona habitada que podía encontrar. La dueña de casa la saludó, le retuvo la ropa de abrigo y la dejó emprender sola el cruce del área despoblada. Supongo que atravesar esa distancia manifestando la clara intención de saludarme sería mostrar excesiva atención a un desconocido, por lo que caminaba como quien vaga con actitud distraída hasta que con un gesto casual dirigía la atención puntualmente a alguien. Así fue que llegó hasta mí, me sonrió y me dio un beso:

—Soy Mara Martino.

Desde entonces no pude pensar en ella más que con su nombre y apellido, del mismo modo que Graciela siempre fue sólo Graciela; no necesitaba un apellido que la distinguiera de otras, puesto que no competía en un lugar entre otras mujeres

del mundo, ni siquiera entre otras Gracielas. Mara Martino sí parecía competir con los otros, o por lo menos no evitaría esa competencia.

Le respondí con mi nombre y el agregado de "el novio de Helena", lo que me haría más reconocible que mi apellido, que en ese lugar sería tan poco útil como lo habría sido el de Graciela. Vi a Helena hablando con alguien en un área distante del comedor, y observándonos desde allí. "Helena vio todo", pensé de inmediato, aunque era un poco absurdo, me traté de convencer de que no había nada particular para ver. No sabía qué decir. "¿Trabajás con Helena?" "Sí, en Quilmes. Soy profesora de matemática." "Qué viaje largo, ¿no?" El comentario era pavo y el tono que usé también lo sería un poco; Mara Martino se encogió de hombros y se rió, y yo también me reí un poco, y sentí la mirada de Helena aun cuando procuré ignorar la distante silla en que estaba sentada. Mara Martino sintió también algo, porque miró en esa dirección, y dijo: "Ah, ahí está Helena, no la veía", y se levantó para ir hacia ella.

Minutos antes de entrar en ese departamento, yo había pensado que hacía mucho tiempo que no veía películas pornográficas. Siempre me gustaron las películas pornográficas, y yo se lo había comentado a Helena la misma noche en que nos conocimos. Quedó claro, en ese momento, que a ella le disgustaban las películas pornográficas tanto como que a mí me gustaban. Fue ese tipo de comentarios que se hace cuando uno apenas conoce a alguien y no sospecha que el vínculo se profundizará. Confesar mi atracción por las películas pornográficas generó en Helena una sospecha sobre aspectos míos que pasaban a primer plano en los momentos en que me miraba con mala voluntad. Por su parte, en tono

casual, como si quisiera mostrarse como la clase de mujeres que no tienen problemas en decir cualquier cosa, el mismo día Helena me había dicho que estaba enamorada de su profesor de un seminario de la facultad. Días después, cuando ya un comentario así hubiera sido muy inapropiado, yo la conminé a que me dijera el nombre exacto, si hubo o si esperaba algún tipo de acercamiento. Me juró que no hubo nada entre ellos, que posiblemente él ni la ubicara, y le creí; era evidente que lamentaba mucho que él no se hubiera sentido atraído por ella. Más aún, me di cuenta de que había dicho que estaba enamorada de su profesor como una forma de crear algún vínculo con él, aunque fuera tan unilateral. De todos modos creo que, de la información que nos intercambiamos en nuestros primeros encuentros, esa fue la que ella lamentó más no haber retenido.

Mara Martino me había hecho pensar en la última película pornográfica que había visto. Y Helena me miraba con mala voluntad. Simultáneamente, me pareció que el living entero estaba ambientado como para una película pornográfica. La excusa argumental podía ser el encuentro de un grupo de profesores universitarios. Gente vestida con formalidad, pelo atado, anteojos. Todo preparado para el momento en que se sacaran los anteojos, se soltaran el pelo, las mujeres se desabotonaran los trajecitos sastre, y les bajaran a los hombres el cierre del pantalón. Veía a Mara Martino, que parecía tan poco una profesora de matemática, lo que no importaba, al contrario, en las películas pornográficas los actores son siempre tan malos, tan poco convincentes en sus papeles. Siempre me encantó que los actores de las películas pornográficas actúen mal. Como en los videos caseros, en que se nota que una familia o un grupo de amigos no son

actores sino sólo parientes o amigos. ¿Cómo aparecería Mara Martino en un video casero? Ella estaba con otro grupo, y sin querer cruzamos las miradas. Y otra vez vi que Helena había percibido ese mínimo contacto. No me sentí bien al verla actuando tan convincentemente su papel de mujer celosa. Creo que de Helena una de las cosas que más me atrajo siempre es que pareciera una actriz poco convincente. Era poco convincente para mí como imagen de profesora, como imagen de "señora", como imagen de muchacha distendida. Todos los papeles le quedaban un poco raros, pero eso no me molestaba. Sí me molestaba ese nuevo papel que cumplía demasiado bien.

Pocos minutos después se acercó a mí, y me pidió que nos fuéramos. No dijo nada, y yo tampoco. Había tan poco para decir; sus quejas habrían chocado contra una obvia protesta mía: lo concretamente sucedido era irrisorio.

En adelante Helena no haría nunca referencias a Mara Martino. Meses después recibimos un llamado; atendió el contestador automático, y yo escuché una voz que no pude identificar. Era obvio que esa voz que le pedía a Helena un favor relacionado con la universidad era de una compañera de trabajo, alguien con quien debía tener contacto frecuente, y que no había posibilidad alguna de confusión. Cuando llegó Helena y escuchó el mensaje, le pregunté quién era. Me enteré entonces de que se trataba de Mara Martino. Compartía horarios y lugar de trabajo con Helena, y ella se había ocupado de no nombrarla nunca, a pesar de que hablaba tanto, tanto, sobre su trabajo, sus compañeros, sobre cualquier problema. Creo que sintió cierta satisfacción al borrarla de sus relatos a tal punto que a mí no se me ocurriera que se trataba de ella y, a consecuencia de eso, yo no levantara el tubo y le hablara.

En ese momento odié a Helena; la sentí como una policía de toda complacencia mía que la dejara de lado. Con los meses Mara Martino siguió ausente de contestadores, reuniones y relatos de Helena, así que su presencia pareció irse diluyendo de un modo irreversible.

Ahí va un colectivo, apurándose un poco para dejar atrás el semáforo antes de que cambie la señal, o con más prisa aún para superarlo una vez que ya cambió. Es asombroso que no haya muchos más accidentes que los que hay. Estoy en un bar que tiene una enorme vidriera que da a la calle. Los colectivos pasan impetuosamente apenas dos metros más allá, exhiben arrogantes su fuerza de choque de trescientas toneladas. Cada vez que pasa uno se percibe que el vidrio se mueve un poco, tembloroso y temeroso. Si uno de esos colectivos se abalanzara hacia aquí, arrasaría este lugar, y poco quedaría de esta mesa, de esta taza y de este cliente. Pero lo más probable es que eso no suceda. Lo más improbable de todo fue lo que en efecto le sucedió a Helena. Al margen de que en este momento veo cruzarse muchos más colectivos que en Donato Álvarez, y de que la calle es más estrecha, y de que yo parecería más expuesto de lo que ella nunca habrá estado, siempre hubiera supuesto que, si alguno de los dos debía morir, tenía que ser yo.

Está mal no ser uno quien se muere. Si nos anunciaran a Helena y a mí que uno de los dos tiene la obligación de morir, supongo que correspondería que fuera yo quien dijera "de ninguna manera, por favor, me muero yo". O, con más énfasis: "Llévenme a mí, pero déjenla a ella". Esto de haberla sobrevivido, de que yo estuviera ocho horas buscando afanosa

e inútilmente una diferencia de 21,54 pesos en la conciliación bancaria mientras ella era aplastada por el interno 331 de la línea 84 de colectivos, suena a una justificación, a una excusa, o a una coartada, del tipo de "yo estaba en mi trabajo, tengo testigos, no pude hacer nada, yo no sabía...". Claro que yo no podía hacer nada, yo no fui el que dirigió el colectivo contra su cuerpo, tan frágil como cualquiera podría serlo ante el impulso de un colectivo. Al día siguiente, el jueves, falté al trabajo; el viernes debí retomar la búsqueda de la diferencia de 21,54 pesos, y la encontré casi de inmediato.

Mi compañero de trabajo y de almuerzo mira hacia afuera y su mirada ve pasar los colectivos como si estuviéramos en la costa y contemplara el reflujo de las olas. Está pensando en cualquier cosa, y esos pensamientos obviamente no me incluyen. Me gusta que me ignore. A la vez se permite cada tanto decirme algo. Atiende al público todo el día, y le viene bien estar conmigo en la hora de descanso: no siente que deba hablarme, yo no le exijo mucho, y a la vez el contraste con las horas anteriores no se le hace tan brusco como si de golpe se encontrara solo. Por la calle pasa una chica que le produce alguna reacción; se reacomoda un poco:

—No sé cuánto tiempo más voy a quedarme en este trabajo.

Comenta eso como podría haber dicho algo sobre esa chica, o sobre el tiempo que tardan en tomarnos el pedido. Estuvo exigido durante las horas anteriores a una comunicación continua y atenta con decenas de sucesivas personas, con censura absoluta sobre cualquier posibilidad de digresión; más distendido, ahora su mente se permite no concentrarse en nada, y divagar un poco cuando habla.

—Es un poco ruidoso, acá —digo—. Qué pena que los bares de Puerto Madero sean tan caros.

Mariano se encoge de hombros. No pesa mucho en su ánimo que por la ventana se vean los desagües de una fábrica contaminante o un lago con rosados cisnes, que haya ruido de martillos neumáticos o rumores de un bosque. Debe ser una cuestión de edad. Creo que a los chicos de cuatro, seis años, no les importa nada estar en una choza o en un palacio, sólo les importa cómo los tratan los adultos u otros chicos. A la edad de Mariano —acaba de cumplir veintidós años— tampoco importa demasiado. Helena, en ese sentido, era muy adulta: era importante acomodar el entorno de modo que quedara todo “bien”, es decir, acorde con el modo de ser que uno decidió o descubrió que tiene. Creo que cuando yo tenía veinte o veintipico, me daba lo mismo estar en un lugar un poco más lindo o más feo, más luminoso o más oscuro, moderno o antiguo. Que ahora conserven o tiren esas bonitas molduras que veo en el edificio de enfrente me es importante, y también lo habría sido para Helena, pero hace diez años creo que me importaban tan poco como hoy a Mariano: con él sólo se puede hablar de asuntos personales, deseos que deberían satisfacerse de inmediato, conflictos con otras personas. Cuestiones más impersonales, como las estéticas, le resultan bastante indiferentes. Y sin duda no sabría nada sobre mapas.

La moza nos toma el pedido. La mirada de Mariano le reclama una atención que él no está recibiendo. Entonces me dice que prefiere a la moza del otro sector, y eso dispara la conversación hacia sus últimos sucesos sentimentales. Yo ya conocía a las chicas de las que hablaba. Además, en la oficina, yo debo atender los llamados que son para él, por lo que puedo relacionar los comentarios que me hace sobre ellas con las voces: está la chica de voz de nena que llama seguido, la que dejó de llamar, la enérgica que llama por rachas; la que

habla con timidez, la que me trata como a un puente molesto, la que se hace la simpática. Cuando yo le comento mis relaciones con mujeres me adapto al modo de hablar de él; trato de usar el mismo tono entusiasta y sin consecuencias. Le podría decir: “Graciela me dejó un mensaje, no sé si la voy a llamar, en cuanto escuché el mensaje agarré y empecé a marcar, pero de repente no tuve ganas. Por ahí llamo a Eliana, pero no sé, era muy amiga de Helena”. Mientras le hablo así, yo me convenzo de que el tono con el que mejor se representan mis relaciones es el que utilizo para hablarle a Mariano. Y ese tono me hace sentir más tranquilo. Y seguimos manteniendo esa conversación de carácter tan personal y a la vez tan general. Y mi vida me parece tanto más simple, e incluso más real.

—¿Cómo era ella?

—¿Quién?

—Helena. Tu ex mujer. La... que se murió.

Se lo ve repentinamente serio, incómodo, un poco brusco. ¿Por qué me pregunta eso? Cuando estoy con Mariano, Helena existe menos que nunca. Él no la conoció, y no le importa mi pasado ni el de nadie. En su mundo existen los estímulos inmediatos, y yo soy uno de ellos, y las mujeres que cruzamos o que pueden llamarnos, pero no la idea de una distante persona muerta en un accidente, que ya no puede llamar por teléfono, ni ser visitada, ni aparecerse, ni nada. Cuando se lo comenté días atrás sólo pareció percibir que me pasó algo de lo que me salvé, como si le hubiera dicho que se cayó un avión y fue un desastre pero aquí estoy. Incluso me miró como si el que hubiera tenido un accidente fuera yo, y ocultara en alguna parte del cuerpo las heridas.

La moza nos sirve los platos antes de que yo llegue a contestar. Me vuelve a tratar muy bien, y Mariano la mira

con aún más atención, dispuesto a cruzar miradas y sonrisas, pero ella, cuando le sirve, solo le entrega una expresión general y el plato. Mariano está acostumbrado a que las chicas no lo ignoren. Veo que se fastidia un poco. Ya alguna vez sucedió que notara que alguna chica cuya atención quería conseguir se mostrara más interesada por mí. Eso lo desconcierta un poco pero creo que también hace que yo crezca un poco en su estimación. Lo veo ponerse serio de nuevo, y me doy cuenta de que va a retomar lo que la moza interrumpió:

—¿Y? ¿Cómo era ella?

—¿Quién?

—Y dale. Tu ex mujer ¿Cómo era?

—No sé. Era profesora de literatura. Alta, más bien rubia, bastante linda...

—Sí, eso ya lo escuché —dice, sonriendo.

—¿Dónde?

—En la oficina, claro.

Mis compañeros la habrán visto pocas veces, en las raras ocasiones en que ella me pasaba a buscar para comer, al mediodía. Al instante se me forma la imagen que ellos debieron tomar de Helena, de su fugaz paso por la recepción, los instantes en que se quedaba esperándome hasta que salíamos. De golpe Helena es mi mujer, la que me podía pasar a buscar para el almuerzo, cuya presencia me señalaba desde el mismo momento en que aparecía.

Se queda mirando, como esperando algo más. Yo también espero que venga algo más a mi mente, pero nada aparece. ¿Qué más podría decirle? Que le gustaban los edificios con molduras, como el de ahí enfrente. Me doy cuenta de que nada aparecerá, que no puedo decir nada en particular. Puedo decir ahora que me pasaba a buscar los mediodías.

Era también algo particular que le gustaran los edificios con molduras, pero eso no le interesaría a Mariano y, en este momento, a mí tampoco. Como la imagen de Helena se vuelve imprecisa, mal podría dar precisiones. Sólo puedo decir cosas en general. Tal vez porque sólo puedo pensar respetando el tono general que había asumido en la charla.

—¿Dónde fue el accidente?

—Cerca de la Plaza Irlanda. En Donato Álvarez...

—Combatientes de Malvinas.

No entiendo a qué se refiere, ni su tono, y me quedo mirándolo.

—Ya no es más Donato Álvarez. Ahora se llama Combatientes de Malvinas.

Habla como disculpándose por el cambio de nombre, o siente que acotó algo demasiado trivial. Nos quedamos un rato en silencio. No sé si lo que dijo es trivial o no, pero no tengo ganas de pensarlo demasiado.

—Bueno —concluye Mariano—. Ya tengo que volver.

Salimos y empezamos a caminar hacia el banco. Le digo que yo tengo que hacer un trámite antes, que vaya solo. No quiero volver tan rápido. Él se va y yo camino hacia el centro de la Plaza de Mayo. La próxima vez, sin Mariano, voy a bajar hasta Puerto Madero, allí no hay colectivos. En este momento están pasando por Hipólito Yrigoyen hacia el Bajo, y los veo casi inocentes. Como si olvidaran lo que hicieron. O como si el que olvidara fuera yo. No quiero ver más colectivos. Cuando los veo y no me dicen nada, me parece que me hago cómplice de la muerte de Helena.

¿En qué sentido sería yo cómplice? Cada persona que muere en un accidente hace pensar a todo el mundo que podría haberle pasado a cualquiera. Pero cuando debo contar

lo que le pasó a Helena siento que sólo es a mí a quien pudo haberle pasado, casi pido disculpas por no haber sido yo el que recibiera el colectivo. No me pasa eso cuando estoy con Mariano, pero sí cuando hablo con otras personas o cuando estoy solo. ¿No será que yo tengo cierta responsabilidad en la muerte de ella? Alguna vez vi una película de terror en la que alguien que va sobreviviendo a muchas personas investiga las causas de las muertes de estas, y al final descubre que el culpable era él. Supongo que debe de haber muchas películas así. Hace un tiempo imaginé una historia parecida. Habría, en una especie de cárcel o campo de concentración, la necesidad de que cada día muriera alguien. Sólo uno va a poder salvarse, en la decisión arbitraria de los que dirigen el presidio. El protagonista va consiguiendo zafar de ser el asesinado. Los días pasan, van quedando pocos. Cada vez menos; al final sólo quedan el protagonista y su mujer. Paralelamente, en otra realidad —por decirlo de alguna manera, en *esta*— un hombre (que sería yo) percibe que mueren, una tras otra, personas muy cercanas a él. Por último, muere su mujer (digamos, Helena). En el “otro” mundo, el hombre es liberado. En “este”, el hombre que sería yo camina inocentemente, bajo el sol de otoño de Buenos Aires, desde su trabajo hasta su casa, cada tanto desarrolla pensamientos inquietantes, pero sólo por un tiempo, después sin duda se olvidará de esos pensamientos.

¿Se habrá ya escrito una trama así? Seguro que sí, habría dicho Helena. No le gustaban los relatos fantásticos. Yo a veces había pensado argumentos para un relato o película fantásticos. Una vez le conté uno, y ella me dijo que ya estaban hechas todas las combinaciones posibles de un relato fantástico, es un género cerrado y agotado. Yo tenía que aceptar la

sentencia. Al día siguiente, como al pasar, ella decía que de la combinación de los mismos elementos podía salir algo nuevo, o que lo nuevo era una idea que iba a envejecer tanto como cualquier otra. Quería deshacer el comentario desalentador de un día atrás, y le costaba, pobre. Yo, a veces, me vengaba: “¿No es una historia bárbara para un cuento?”, le sugería, a propósito de cualquier pavada que escuchábamos por ahí. Yo sabía que ese comentario la irritaba. Es curioso cómo, aunque uno esté años con una persona, por más que crezca la intimidad siempre es posible decir algo que sabe que va a descolocar al otro, y ese otro no le va a ser posible decir; “Sabés que ese comentario me irrita”. A veces la reacción queda diferida por horas o días, o para siempre.

Hay un sol pleno, y todo parece ganar en inmovilidad, mientras percibo que mi estado de ánimo cambia tanto y con tanta rapidez. Hoy puedo notar mis propios cambios a medida que se producen y eso me extraña mucho, como esos días en que hay mucho viento, y el sol sale y se oculta seguido, y uno ve en la calle la zona a la que las nubes dan sombra y la zona de sol, y también la línea que las separa desplazándose. Me parece ver a alguien conocido; es el amigo de Helena que buscaba tesoros con un mapa, me parece que se desvía, pone una expresión falsamente neutra, acelera el paso, es obvio que me ve y no me quiere saludar; es claro, debe saber lo de Helena y yo para él me transformé en nada, o en alguien a quien no se sabe cómo abordar, con qué tono. Mi ánimo vacila entre sentirse lastimado por la actitud de ese sujeto e ignorarlo, y de golpe lo veo insignificante, un poco ridículo, lo dejo irse entre la gente y desaparecer de mi vista y de mi interés. Aquí sentado bajo el sol vertical la agitación va bajando, el calor va entrando a través de la camisa, el resplandor casi

me ciega, pero no me molesta. Todo se hace más irreal, alrededor de mí. El exceso de luz desdibuja los contornos. Yo me siento súbitamente feliz. La irrealidad y la felicidad me abren una puerta que esta tarde parecía que no podía abrirse. Veo surgir en mí un nuevo placer al mirar a las personas que me rodean, las chicas sentadas en los bancos, tomando su yogur. No hay manifestantes ni mendigos. Hoy podría filmarse una película pornográfica en la Plaza de Mayo. La excusa podría ser la información de que en un par de horas llegaría el fin del mundo. Yo ya vi una película con esa idea; podría filmarse otra, aunque fuera una idea ya usada. Y no me importa mucho que sea una idea repetida, me siento bien, y algunas de las mujeres que están allí pueden ser mías. Yo mismo seré en muchos aspectos una figura repetida, pero ahora eso no lo siento así, o no me importa. Disfruto del maravilloso sol del invierno de Buenos Aires.

Mientras venía caminando hacia el departamento pensé algo en relación con Helena que me pareció muy importante, pero ya no puedo recordar qué era. Trato de hacer el esfuerzo por recordar. Uno decide cómo buscar algo que se pierde en una casa, pero quién sabe qué lugares de la memoria se recorren cuando uno trata de recordar algo. Como una red que uno echa al agua y trae cosas que uno no tenía la menor intención de sacar, aparecen, mientras me esfuerzo por recordar el pensamiento surgido y olvidado durante la caminata —la que siempre hago desde el banco hasta mi casa—, cosas en las que efectivamente pensé o que vi en ese trayecto, pero que no me interesan para nada, o que no tienen nada que ver con

lo que busco. Aparece una conocida que vi sentada al volante de un auto, detenida por el semáforo. Con ella una vez fui a una discoteca, en la que encontró a su futuro marido; después no la vi más. En realidad no estoy muy seguro de que la mujer del auto haya sido realmente ella. Me acuerdo que pensé en Túpac Amaru, despedazado por los españoles. Eso tiene una relación posible con Helena, pero lo pensé unas cuantas veces antes de que surgiera el pensamiento olvidado, y estoy seguro de que no tenía nada de ver con Túpac Amaru. Me digo que dejo la búsqueda, pero mi voluntad no puede detenerla. Incluso cuando creo que ya abandoné el intento de recordar, mi mente sigue buscando, y siguen apareciendo cosas relacionadas con esa caminata. Como la imagen de un perro más bien chico, blanco y bastante gordo, movedizo, suelto en la plazoleta de La Pampa, una de las de la avenida 9 de Julio, que siempre debo cruzar. En mi mente aparece con claridad el cartel de chapa azul con la inscripción "Plazoleta Provincia de La Pampa", que de no haber encarado la búsqueda nunca habría recordado, aunque paso al lado de ese cartel todos los días. Me pongo a preparar un té y me descubro tarareando un tema de Michael Jackson, que creo que escuché al pasar por la puerta de un bar, una cuadra antes de llegar.

Siento que nunca voy a reencontrar el recuerdo que buscaba. Pienso que podría hacer exactamente el mismo recorrido entre el trabajo y mi casa, y crear así la situación para que se genere el mismo pensamiento, pero no me parece que vaya a resultar. Empiezo a pensar otras cosas vinculadas con Helena. Causas por las que podría haber estado en Plaza Irlanda. Pero no quiero pensar en eso. No, no, no quiero para nada pensar en eso. Quiero pensar en otra cosa. Me encantaría poder decidir: dejo de pensar en eso y pienso en lo otro. Sé

que a veces tengo pensamientos más agradables, pienso cosas que me gustan. Lo mejor para cambiar de pensamientos me parece que es que me pase de golpe algo que me obligue a cambiar de tema y de estado de ánimo. Enterarme de algo dramático ocurrido en algún lugar distante. Algo que por contraste me haga sentir que uno tiene que vivir y disfrutar la vida cotidiana, que de golpe parece no estar tan mal, o que incluso se ve muy valiosa. Pero muchas de las cosas dramáticas son últimamente muy poco distantes, y me hacen sentir peor. Otra cosa que podría pasar es recibir de improviso un llamado telefónico estimulante. De alguna chica con la que no haya llegado a suceder nada, pero con la que exista una excelente mutua disposición. Podría llamar Mara Martino. Si me pasara algo así, mis pensamientos más gratificantes se animarían a aparecer, y los que me hacen sufrir se quedarían quietos en su oscuro rincón.

Aparece el recuerdo de Helena preparándose para ir a una villa. Se había enterado de un programa de asistencia escolar en un lugar de Quilmes. Traté de encontrar la villa en el mapa. A Helena iba a llevarla un cura en su auto, y ni sabía dónde quedaba la villa, sólo tenía la vaga referencia de "por Quilmes" y "del lado del río".

—¿Está cerca de la universidad?

—No sé. No importa, total me llevan —dijo, arrepintiéndose de haber hablado casi en el momento de terminar la frase. Seguimos la revisión del mapa, yo enseguida me concentré de nuevo. A ella le pareció muy raro buscar una villa en un mapa, era como que había supuesto que no aparecería. Es cierto que una villa no es algo que uno pueda identificar con sus calles, plazas, avenidas, por lo que a uno difícilmente se le ocurra buscarla en el mapa. Pero lo cierto es que algún lugar

ocupan, así que algo debería aparecer. Había una amplia zona dudosa en la página de Quilmes, en la que terminaban las referencias a calles; las líneas de estas se perdían en una red deshilachada, y después estaba el río, y en el medio no había señalamiento alguno. Excepto el grueso trazo de una autopista, no se indicaba ni una calle, ni plaza, ni nada. Hubiera podido pensarse que esa área era un parque, pero la zona no estaba muy bien delimitada, y el verde era un poco pálido. Por esa zona borrosa debía de estar la villa, le señalé, y ella estuvo de acuerdo.

Helena fue sólo por algunas semanas; en ese tiempo me hablaba mucho de sus alumnos, del sacerdote, de militantes. A mí me parecía peligroso que fuera a un lugar que no se podía identificar con claridad en el mapa, aunque yo supiera con quién iba y para qué. En cambio, murió en un lugar muy bien identificable en la guía, pero al que fue, aparentemente, sola y sin motivo alguno. Yo sigo pensando en Helena en Plaza Irlanda y luchando por dejar de pensar. Qué difícil es forzar esos cambios de dirección. Tal vez no pase nada inesperado ni estimulante que me distraiga, pero sé también que con las horas los pensamientos cambian solos. Las ideas tristes, posiblemente por simple cansancio del espíritu, se van. Tal vez otros puedan convivir con negros pensamientos por mucho tiempo, pero yo no, cuando están son una desgracia que parece interminable pero terminan yéndose. Y lo que me da el impulso final para cambiar de estado de ánimo no es tan importante en sí.

El otro día tuve que ir a un lugar del Gran Buenos Aires, y debí tomar uno de los trenes que Helena utilizaba siempre. Yo tenía un día triste, y pensé que lo seguiría teniendo. Pero me subí al tren y, a poco de andar, vi vacas. Todavía

estábamos en plena ciudad, y apareció un campo, con vacas, algunos caballos. Me di cuenta de que sería la Facultad de Agronomía, o de Veterinaria, pero no dejaba de ser sorprendente ver esa sosegada zona de campo en medio de la ciudad. Era como si alguien me hubiera visto preocupado y tratara de distraerme, algún dios bonachón y un poco primitivo que no tuvo mejor idea para ayudarme que poner ante mí árboles, vacas y caballos. A las vacas se las veía tranquilas, saludables. Imaginé que los alumnos y el personal las tratarían bien. Tal vez las usaran para experimentos, pero no parecía. En un par de oportunidades yo había debido tomar ese tren. En una de ellas vi a Helena. Era de noche; yo estaba en un barrio alejado, creo que Paternal, y no sabía bien cómo volver al Centro. Un hombre me indicó una estación de tren; yo la había visto pero en general no se me ocurre tomar trenes dentro de la Capital. Así es que lo esperé, subí, caminé dos o tres vagones buscando quién sabe qué tipo de comodidad extra, y entonces la vi. Helena volvía de la universidad; yo ni siquiera me había dado cuenta de que esa línea de tren era la misma que ella usaba. Estaba sentada del lado de la ventanilla, mirando hacia afuera. Solía decirme que la ponía nerviosa volver sola, a la noche, desde el Gran Buenos Aires, y que estaba siempre en alerta, atenta a los hombres que se aparecían en el vagón. Yo estaba de lo más tranquilo mirándola desde unos metros, y ni me notó. A veces sospecho que cuando uno cree que está "todo el tiempo" atento a algo el tiempo que realmente ocupó en eso suele ser mucho menor: estoy seguro de que si al llegar le hubiera preguntado por el viaje, ella con toda sinceridad me diría que durante la hora que estuvo sentada en el tren no hizo más que mirar a su alrededor.

Me di cuenta de que Helena ya no era muy joven. Era delgada, sí. El pelo, sus rulos claros, estaban como ella quería que estuvieran. La cara no estaba como ella habría querido; tenía fijada una expresión de cansancio; más que un cansancio ocasional, hacía pensar que el mundo en general era un lugar cansador. Tal vez, pensé, los transportes sean uno de los lugares donde mejor puede "verse" a la gente. Muy pocos están conscientes de la mirada de los otros, la mayoría se deja ser como es sin ese cuidado. Como si todos estuvieran solos. Y sin espejos.

Helena tenía una leve marca vertical en la frente, que llegaba hasta el ceño. Yo habría querido poder soplar sobre la frente y suavizar mágicamente su expresión. En eso pensaba cuando ella me vio. Primero me miró como a una de las amenazas a las que estaba "siempre" alerta, y después me ofreció su sorpresa y su sonrisa, y entonces su expresión cambió por completo. Pensé entonces que no era cierto que la gente fuera como se la ve en un viaje, todo rostro tiene una expresión y la expresión que me ofrecía al verme podía ser más real que la anterior.

Una cara distinta de Helena era la que tenía cuando tomaba sedantes, ansiolíticos. Su pastilla favorita era el Xanax. Se mostraba más tranquila, pero también más apagada. Y con menos interés por todo. Me acuerdo de cuando me mostró el documental sobre las estatuas de santos de las iglesias. Ella había tenido que investigar y escribir el guión del documental. Puso el videocasete y empezamos a mirar.

Aún no estaba hecho el sonido –y nunca lo estaría; el trabajo, por algún tipo de problema de presupuesto, quedó a medio hacer–, por lo que sólo se veía una silenciosa sucesión de imágenes más o menos similares. La cámara recorría suavemente cada cuerpo, las coloridas túnicas de yeso, y se

detenia unos instantes en la cara. Era, supongo, el modo apropiado de ver santos: recorrer su cuerpo desde abajo hacia arriba, con lentitud, y detenerse un poco en los rostros. A veces se ofrecía algún detalle: las manos, algún rosario. Había elementos extraños. Por ejemplo, un santo estaba de pie sobre una especie de globo terráqueo. Me hizo pensar en la contraria imagen que había visto tiempo atrás, un dios griego cargando esforzadamente el mundo. Otro santo estaba también de pie pero sobre una cabeza de un monstruo de ojos saltones, boca enorme y lengua salida. Un tercero estaba acompañado por un perrito, chico y de ninguna raza en particular. Siempre, sin embargo, los santos mostraban la misma actitud apacible, ya estuvieran sobre un globo terráqueo, una cabeza de monstruo o al lado de un perro.

—¿Cómo se llaman?

—El que está con el perro, San Roque. Siempre aparece con un perro.

—¿Y el que está parado sobre un monstruo?

—No es un monstruo, es un árabe. Es Santiago, el que eliminó a los moros. El ángel guerrero es San Jorge.

Recuerdo la cara de Helena, apenas iluminada por la luz de la pantalla del televisor. Tenía algo de la expresión de los santos. Me miró, y pareció darse cuenta de esa idea mía: me dio un suave beso en la frente, se rió, yo no quise seguir su juego, sólo acepté el beso y me volví hacia la pantalla. La mirada de los santos parece siempre perdida en una nube de ansiolíticos, como la de Helena en ese momento, pero yo no espero nada de ellos. Siempre me molestaba que cuando tomaba una de esas pastillas Helena estuviera más tranquila pero también más indiferente. Me trataba bien, o incluso podía estar de buen humor, pero a la vez yo le importaba

menos. Me dio ese beso como jugando a ser una santa que besaba castamente, pero en realidad yo, en el período en que ella estaba bajo el efecto de la pastilla, le era tan poco importante o tan poco excitante como si ella fuera alguien lejano como una santa y yo uno entre los muchos mortales que podía recibir algún casto beso suyo.

¿Cómo era en realidad Helena? Era la que me descubría y sonreía feliz en el tren, y también la persona para quien yo era alguien intercambiable u omisible. Era la que recibía mi ayuda y la que me hacía sentir que la hundía en la pantanosa vida de la que hubiera querido escapar. Era alguien joven y alguien que parecía indicar con claridad que ya había perdido la juventud. Era alguien cuyos pasos podía prever absolutamente y la persona que murió en un lugar en el que no tenía ninguna razón aparente para estar. Era alguien que iba de acá para allá a veces dándose cuenta de que iba de acá para allá, y a veces pareciendo ser arrastrada por quién sabe quién. Alguien que a veces exhibía que estaba convencida de lo que hacía, y que a veces consideraba que está mal hacer eso, y lo otro, y casi todo lo hecho. Alguien que tenía súbitos entusiasmos por una persona, por un libro, por una película, por un tema musical, por un edificio, y alguien a quien todo le resultaba insípido. Era alguien que se daba cuenta de que no había que luchar tanto con el mundo, y seguía amargándose con el mundo. Era alguien que no veía televisión por semanas y que de golpe analizaba la programación del cable de modo de no perderse nada, nada. Era alguien que descubría luego que en cable no había nada y sentía que el mundo, cuando no la aburría, la estafaba. Puedo seguir pensando, pero lo que pienso puede aplicarse a tantas otras personas. Y su conducta conmigo, lo más particular, es lo que más cuesta explicar.

Los libros de ella continúan en la biblioteca. Cuando los miro siento que Helena era más real: era la dueña de esos libros, la persona que los había leído y que los trataba como una compañía incuestionable, más permanente que las personas con las que fue conviviendo, más estable incluso que yo. Es lo último de ella de lo que voy a deshacerme antes de dejar la casa. La casa en sí sería lo último, pero ya sin nada de ella, sin los libros, esta no será su casa. Ya no será la casa de Helena, y en pocos días más tampoco será la mía. Yo debo empezar a decidir si quiero quedarme en el barrio, si querría cambiar. Los suplementos de los avisos clasificados se apilan en la mesa del living; casi no los leí. Tengo el impulso de hojear la guía de la ciudad, que permanece al lado del teléfono, pero no me decido a hacerlo.

La rana de peluche va a tener como destino la bolsa de la basura en la que irán las cosas que no voy a llevar a mi próximo departamento. Me pregunto cómo Helena podía ponerse a acariciar ese pedazo de tela verde. Ella podía conformarse con eso, pero yo tengo ganas de tener un gato. Un animal real, que camine por ahí, con voluntad propia, capaz de tomar la iniciativa para abordarme o para rechazarme. Pero este no sería un buen momento: si hubiera un gato, ahora estaría muy nervioso observando cómo el hombre de la librería y su ayudante terminan de vaciar la biblioteca. Toman del estante los últimos veinte libros, los van colocando en las cajas de cartón corrugado. El hombre de la librería había venido, los había mirado, me avisó que volvería más tarde. Cuando reapareció dos horas después, con su ayudante, parecía haberse transformado. El que había mirado los libros era un hombre con aspecto reflexivo, cauteloso; el que reaparecía para guardar todo era una persona rápida,

ejecutiva. No puedo decir que sea descuidado; él y su ayudante hacen todo con rapidez pero los libros quedan bien guardados. Sentado en el sillón, a un par de metros, yo miro cómo avanza el trabajo. Anoche, y esta mañana, tomé ansiolíticos; ya hacia las dos de la tarde tuve cierta resaca; ahora tengo sueño y me siento entre ansioso y deprimido, y sé que al menos por un par de días no me conviene tomar más. Veo la actividad de esas dos personas, la biblioteca que se va vaciando, y los movimientos me parecen cada vez más rápidos y más bruscos.

El ayudante se acerca a los estantes de la otra pared. Cada tanto miran hacia el sillón en el que yo sigo sentado. Siento que me observan de una manera rara, como si yo estuviera enfermo, y ellos se dieran cuenta y también se dieran cuenta de que yo no lo sé. Cuando parece que ya está todo guardado, hacen una última revisión; encuentran un libro de poesías muy pequeño; en la tapa hay dos leones dibujados con un trazo infantil. Me acuerdo de Helena hojeando, con una enorme sonrisa, ese libro de unos pocos, seis, siete centímetros de lado, observando esos leoncitos rampantes en la tapa y los textos. Me leyó un par de versos, y me miró luego con la misma sonrisa feliz. Tengo el impulso de pedirles que no se lo lleven, sentí que el libro había hecho un furtivo intento por quedarse. Pero el ayudante lo agarra y lo tira dentro de la última caja. El hombre me entrega el cheque, que queda sobre la mesa, y se van.

Doy vuelta la silla giratoria y veo que está anocheciendo. Dios mío, está anocheciendo, me digo, súbitamente muy angustiado. No quiero que anochezca, por ahora. Se llevan los libros, se hace de noche y faltan tantas horas para que me duerma. Y encima tal vez no pueda dormirme. Y serán las dos, las tres, y voy a permanecer despierto, con la casa tan vacía.

Podría tomar un sedante, pero no quiero tomar más, sé que mañana me sentiría peor.

Ayer visité a Eliana, ahora pienso que podría llamarla otra vez. Yo quise hablarle del destino de los libros de Helena, y se mostró tan indiferente frente al tema que no pude conversar sobre eso, ni siquiera me sentí cómodo como para pensar en voz alta. Recuerdo su pelo oscuro, que me había llamado la atención tanto cuando me abrió la puerta —“por un tiempo no voy a ser rubia”, me dijo, sonriente—. Recuerdo su gato, que se había acercado mientras yo hablaba con su dueña, y me dan más ganas de llamarla. El gato estaría cómodo en esa casa, como Helena tal vez no lo haya estado nunca en esta. En realidad tengo ganas de visitar, más que a Eliana, a su gato. A lo mejor llevo uno a mi próximo departamento. A esa rana podría ponerla ya en la bolsa de la basura.

Abro la ventana. Entra el viento tibio de la noche, y nuevamente me viene el recuerdo del gato. La habitación estaba casi a oscuras, y el escritorio de Eliana, cubierto de papeles, recibía una luz directa y blanca; se creaba una especie de desierto encandilado por la luz de la lámpara. El gato empezó a caminar por ese desierto resplandeciente, tan en su medio como un tigre en la sabana. Yo extendí la mano para acariciarlo; se dejó acariciar, pero no dio señales de reconocimiento a la intención que dirigía mi mano. Es que mi mano provenía de la zona oscura del cuarto, y él sentía ante esa caricia algo muy poco premeditado, como lo que yo sentiría al recibir la caricia del viento de la calle. Eliana me miraba como a la expectativa de algo pero sin ninguna ansiedad. Sentado en la silla frente a su escritorio, trataba de hablar de los libros de Helena, abandonaba el tema y no encontraba otro, acariciaba entonces otra vez el gato y luego la cabeza de Eliana, que se había acercado a mí y me había

abrazado. Su pelo le llegaba hasta los hombros, era muy lacio y suave, y tan oscuro, tan diferente del pelo de Helena. Sonó el teléfono y, lentamente, Eliana se levantó y se fue a atender. Atendió, habló muy poco, cortó. En esa brevísima conversación, se mostró tan seca y expeditiva como amable y morosa era su actitud conmigo. Me levanté para irme, y ella no me retuvo; quedamos en que vendría a mi departamento dos días después, para buscar algunos libros. Eso sería mañana. Tengo que llamarla y decirle que los de la librería se llevaron todo.

Abro el armario del dormitorio, acerco una luz y las diversas cajas con pastillas de Helena parecen formar una pequeña ciudad deshabitada. Valium, Ataraxone, Dormicum, Xanax. No sé con exactitud qué diferencias hay entre todas ellas. Sé que el Valium y el Xanax hacen que uno se relaje, como el Lexotanil, que era la que yo tomaba años atrás. El Dormicum, decía Helena, produce “sueño inmediato”. Ella podía explicarme en detalle el efecto de cada una. Y a veces daba precisiones sobre cómo reaccionaba su organismo a cada pastilla, los efectos según el estado en que antes se encontraba, las consecuencias al otro día. Sospecho que esas precisiones excedían bastante lo que podría indicar el prospecto, y no deben ser aplicables a otras personas. Empiezo a mirar cada una de las cajas, me demoro en la contemplación de las etiquetas, los nombres. Me alarma sentirme que me comporto exactamente como podía hacerlo Helena. Más aún: de golpe noto que estoy entrando en una especie de trance dentro del cual estoy no sólo comportándome, sino pensando y sintiendo como lo hacía Helena. Ella se detenía a mirar las cajas. Era la ciudad que habitaban los mudos santos de su documental. La promesa de un mundo sin angustia. Un mundo sin sufrimiento, sin ansiedades, sin frustraciones, sin vejez. El conjunto de nombres es de por sí una promesa del

paraíso. No me acuerdo de qué efecto produce el Ataraxone, pero sí que Helena me había explicado que la ataraxia, para los romanos o para los griegos, era un estado de contemplación apacible del mundo, sin la perturbación de ninguna intensidad emocional. Qué extrañas fantasías las de los que ponen los nombres a los remedios. Helena quería vivir con intensidad, y también quería el fin de la intensidad, y mirar apaciblemente el mundo. Era tan difícil mirar apaciblemente. Tal vez fuera posible mirar apaciblemente las soleadas calles de Oslo, pero no podía mirar apaciblemente lo que aquí la rodeaba.

Decido tomar una de las pastillas del "sueño inmediato". ¿O me convenía tomar más Lexotanil? Opto por la pastilla del sueño inmediato. Me pongo entonces a ver televisión. Pasan una película rusa, vieja, en blanco y negro. Me parece que Helena entra al cuarto, con dos tazas de té de peperina. Puedo pensar: era frecuente que Helena entrara con dos tazas de té, mientras mirábamos televisión. Pero no lo era, aunque tampoco hubiera sido imposible.

El sueño no me viene, pero sí empiezo a sentir náuseas, y nervios que no anticipan ningún sueño inmediato. "Reacción paradójica", podría sentenciar Helena, a mi lado. La película no me ayuda. Veo un grupo de marineros discutiendo con unos superiores acerca de la calidad de la comida: la cuestión es si la carne está podrida o no. Alguien acerca una lente hacia la res, y se ve un conjunto de gusanos removiéndose. Pienso que lo peor de los gusanos es el efecto de que siempre están removiéndose de ese modo tan grupal, y a la vez poco armónico. Querría ver un cardumen, o el simétrico desfilar de un conjunto de hormigas, o incluso el vuelo de las moscas alrededor de algo, describiendo variadas pero regulares órbitas. Me repugna el inmundo revolcarse de un conjunto de gusanos, es

como que cada uno se revuelve nerviosa y gozosamente, con indiferencia por lo que hacen sus compañeros. Muestran esa voracidad, ansiedad, ausente en todos los demás insectos. Un insecto cualquiera es sensible al observador, la cucaracha se escapa, el mosquito esquiva la mano que lo espanta; el gusano sigue de espaldas a uno, bebiendo ansioso de la putrefacción. El mosquito es comestible; la lengua del sapo puede capturar un mosquito. Nada se alimenta de los gusanos. Creo. Nunca me dieron asco los gusanos ni nada por el estilo. Pero es que ahí hay una real carne podrida con gusanos. La cámara de ese ruso enfermo perpetuó casi un siglo atrás esos efímeros gusanos, o sea que nada quedará de ellos fuera de la imagen que la cámara tomó para siempre, pero igual me repugna como si estuviera yo ahí delante. ¿Son los gusanos insectos? Los insectos son secos, a veces un poco duros; los gusanos son húmedos, blandos, casi como el interior de un animal, un cuerpo al que le sacaron la piel, o el caparazón, y sigue anormalmente vivo.

Me acuerdo de imágenes de otras dos películas en las que, también, aparecía carne podrida. Me dan náuseas y miedo. "En noches como estas los enfermos se agravan", me parece que dice alguien. Los objetos del cuarto son los de siempre pero ajenos, yo soy allí un intruso. Como un hombre perdido en una ciudad extraña, a quien le resultaría difícil pensar que esos edificios y esas calles también fueron hechos para él. Me vienen las imágenes de un gato que había visto destrozado en la calle, a la noche, cerca de aquí. Me viene la imagen de Helena. Me pongo de pie, tratando de disipar la zona de aire corrompido que siento alrededor de mí. Los objetos de la casa se ven todavía más hostiles, casi me da miedo caminar por el cuarto. Necesito aire. Puedo llamar a alguien y decirle que tuve una horrible pesadilla y que quiero distraerme; lo de

la pesadilla no está tan lejos de la verdad. Abro la ventana y miro hacia fuera. Entonces recibo nuevamente la imagen de Helena entrando al cuarto, otra vez con dos tazas de té, y ella me ve asomándose por la ventana, extrañada. La imagen sin corrupciones de Helena en mi recuerdo. Saco más la cabeza por la ventana. Yo querría que el viento de la calle barrierá con las imágenes que se me han ido apareciendo, pero lo que no hace el viento lo hace la tanda de comerciales: la película se había interrumpido e irrumpió un auto que volaba por el cielo azul oscuro de un desierto; una hermosa mujer con una túnica; unos animales en una casa de la Puna.

Siento un dolor de cabeza cada vez peor. No me queda claro si tengo sueño o no. Me levanto para ir hacia la cocina y hacerme el té una y otra vez ofrecido por el fantasma de Helena. Desde el pasillo, antes de entrar a la cocina, veo el living. La biblioteca vacía. Mientras miraba los gusanos, mientras la imagen de Helena aparecía en un paisaje muy distinto de cualquier paraíso —sus pastillas no me habían llevado a ese lugar—, de alguna forma yo suponía que los libros debían seguir estando, porque ver de golpe la biblioteca vacía fue como sentir que algo gravísimo e inesperado había sucedido. Como si el departamento hubiera sido allanado. O como si recibiera el impacto de una fuerza de choque de trescientas toneladas. No quiero mirar, pero ya vi todo, y la imagen me perturba aunque sólo espíe el living, o aunque mire a otra parte. No puedo llegar a la cocina; me siento en el suelo, tratando de no mirar hacia el paisaje de estantes vacíos.

Me despierto a las diez de la mañana. Entra mucha luz, y el sol da sobre las cortinas. Me parece que se están meciendo

suavemente, pero eso es imposible porque las ventanas están cerradas. Es que es tan agradable ver la luz sobre las cortinas; deberían mecerse suavemente, por el solo placer de recibir esa luz.

No recuerdo cómo llegué a la cama, ni cómo me desvestí. Trato de buscar esos hechos en mi memoria, pero es como buscar palabras en una hoja en blanco, sobre la que nadie había ni pensado en escribir. De súbito me surge la convicción de que tengo que ir a cortarme el pelo. Me muero de ganas de ir a cortarme el pelo. Lo único que quiero en el mundo es que unas chicas me conduzcan hacia el lugar donde se lava el pelo, sentarme y extenderme hacia atrás, sentir el duchador sobre la cabeza, las manos suaves de la empleada.

Salgo de mi casa y paso casi sin mirar por la peluquería que está apenas a unos metros, atendida por un señor mayor. No tengo ganas en absoluto de charlar con un hombre mayor. Tengo ganas de ir a una de esas peluquerías nuevas, luminosas y baratas, llenas de gente, con muchas empleadas jóvenes y amables y todavía un poco incómodas en su papel.

La mujer de la recepción me pregunta si quiero cortarme con alguien en especial. Recorro el lugar y las empleadas con la mirada, indeciso. De golpe me avergüenzo ante la sonriente espera de la recepcionista; lo que ella quería preguntar era si yo me había cortado antes con alguien, no que me ponga a elegir como en alguna otra situación que no es la de peluquería. Siento que casi se me para el corazón: veo que una de las peluqueras es Mara Martino. Las coincidencias fuertes producen esos sobresaltos. Como grandes piedras irregulares amontonadas, que de golpe se reacomodan con violencia de otra forma. Por supuesto la mujer no es Mara Martino, no es la misma, pero sí lo es, reúne todo lo que para mí identifica

a Mara Martino. Pienso que si hubiera visto a la real Mara Martino por la calle no la habría reconocido, o me habría decepcionado.

Mara Martino me hace sentar en el sillón, me extiende la capa de tela y, mientras nos miramos a través del espejo, le explico qué es lo que quiero. Le indico que quiero más bien corto de atrás, y más corto en general. Siempre digo más o menos lo mismo. Ella asiente apenas, como si lo que yo le digo ya lo supiera de antemano y apenas cumpliera con la necesidad de la pregunta y de mi respuesta. La voz de ella es distinta a la que escuché, creo, en la reunión de un año atrás. Y también distinta de la que dejó el mensaje en el contestador. Es cierto que no es la misma Mara Martino, pero aunque lo fuera seguramente las voces sonarían distintas.

Me echa agua fría con un *spray*. No me habla. Se la ve concentrada en mi cabeza y a la vez muy ocupada en quién sabe qué pensamientos. Entre la doble atención a mi pelo y a sus pensamientos casi no le queda lugar para una charla, ni siquiera para un diálogo de miradas a través del espejo. Me entristezco un poco, o vuelvo al estado de ánimo más común de estos días, que no sé si está bien definido como simple tristeza. Recién en estos momentos me doy cuenta de que estuve sin muchas expectativas de contactos con otros, y también un poco cansado de estar solo, y a la vez un poco entumecido para iniciar cualquier contacto. Creo que mi diagnóstico me entristece aún más, y me resigno a no establecer contacto.

De pronto la voz de ella se amplifica en mi mente, como si resonara en un gran cuarto vacío: "¿Hago raya al costado?". "No sé, es lo mismo. Yo me peino así", hago un gesto con la mano, como tirándome el pelo un poco hacia el costado y también hacia atrás. La voz me sale rara, muy ronca. Mi

indicación no le resulta problemática, ninguna lo sería; ante cualquier duda haría cualquier cosa y listo, ella no tiene el aire inseguro, ansioso, complaciente de las otras empleadas. Después de un rato quiero decirle: "Te parecés mucho a una mujer que yo conocí...", pero yo sé que ese tipo de comentarios no produce ningún entusiasmo en nadie. Así que no voy a decirlo. Pero quiero hablar, y después de buscar afanosamente algo para decir le comento, de modo casual, como si fuera lo primero que se me ocurre: "Cuánta gente viene los sábados. Cuando me acerqué, me había olvidado de que hoy habría mucha gente". "Yo no, yo vine ya sabiéndolo", me dice, y se ríe, y me doy cuenta de que también la risa es igual a la de Mara Martino, o tal vez la actitud más abierta es lo que otra vez me la hace recordar. "Te parecés mucho a alguien que conozco." "¿Ah, sí?", apenas articula, desinteresada. Detesto haber cedido al impulso de decir eso. Pero ella rehace brevemente el puente de miradas y me sonrío; me emociona que me sonrío y me reacomodo, me cruzo de piernas de nuevo, aunque no había nada incómodo en mi posición previa; el motor de mi cambio es otro. Entonces me pide que esté "quietecito", la palabra me entusiasma y me dan ganas de moverme más, cambio de nuevo la posición de mis piernas y trato de erguirme un poco, por suerte la gran capa de tela disimula mi perturbación.

Después de ese acercamiento prometedor, Mara Martino se repliega otra vez en sus pensamientos, y pasa a ocuparse nada más que de mi pelo; el "puente" vuelve a interrumpirse. Yo armo algunas preguntas ("Estos días debés de salir muy tarde", "¿Hace mucho que trabajás acá?") evasivamente respondidas. Es como si fuera vergonzante ese acercamiento, como si hubiera alguien observando a quien le podría molestar

la escena. De hecho las sillas están demasiado próximas entre sí, y la clienta y la peluquera de al lado podrían escucharnos. No habría posibilidad aquí de que yo sienta el peso de la mirada de Helena, como en aquella reunión en la casa de su jefe. Aprovechando la larga línea de espejos, recorro con la mirada el local entero, pero me mantengo "quietecito" y estoy más sosegado. La obra de Mara Martino finaliza, un espejo de mano recorre la parte de atrás de mi cabeza, y me despido. Pago en recepción y le doy a ella una propina. Cuando se la entrego, ella me dice: "Estos días salgo muy tarde, recién a las ocho". La invitación —sólo puedo entender así que me dé esa información inesperada— y el hecho de que fuera simultánea al acto de entregarle el dinero me agita tanto como su indicación de que me quedara quieto.

Saludo y salgo del local. Pienso que voy a volver a las ocho menos cinco, y ya a las ocho menos diez estoy nuevamente frente a la peluquería; busco a Mara Martino por la ventana, no la veo, y de golpe deseo que no aparezca, que no me vea, y me fugo. Debe influirme, supongo, la costumbre del malestar, el ánimo oscuro y contraído. Mientras camino por la calle, tratando de entenderme o justificarme, me reconforta la brisa tibia: recién estamos en agosto y sin embargo ya dejó de hacer frío.

Una agencia de turismo, cerrada pero con sus luminosos afiches desplegados en la vidriera, promete el sol de lugares distantes, de playas maravillosas. En febrero, tan pocos meses atrás, Helena y yo estuvimos en las playas de San Clemente. No son playas maravillosas. Pero Helena se veía allí tan feliz. Tengo unas cuantas fotos, pero en ninguna se representa esa felicidad. En mi recuerdo se conservan, por ahora, imágenes más precisas que las fotos que nos quedaron. Siento también

que la imagen que tengo de Helena en San Clemente sigue nítida, pero con la nitidez de una imagen demasiado estereotipada de alguien feliz en una playa. Tal vez me estén influyendo las imágenes felices de ese afiche de promoción de la vidriera. Así que mi recuerdo debe ya ser menos fiel a lo que pasó que las fotos que en efecto conservo de Helena en la playa. Esa foto que habría representado la felicidad de Helena, la que crea mi imaginación cuando pienso en "Helena en San Clemente" habría podido aparecer en un periódico sensacionalista, al lado de la fotografía de su cuerpo deshecho contra pared y suelo en la calle Donato Álvarez, ahora Combatientes de Malvinas.

De pie frente a la luminosa agencia de viajes, con la espléndida luz artificial iluminando afiches de lugares con luz natural tal vez aún más maravillosa, empiezo a escuchar la música que viene del negocio de al lado, una disquería que permanece abierta. A Helena le molestaba que pusieran parlantes en la playa, pero cuando pusieron esa canción se alegró. "Hoy me acordé de esas tardes de verano juntos", dice la letra de la canción que viene a la vez de la disquería y de mi recuerdo de esas tardes de verano que en efecto pasamos juntos. Es agradable estar aquí de pie, entregado dócilmente a la ligera tristeza de la melodía, una canción sobre un breve amor de verano. Está bien, creo, recordarla cuando se entregaba al estado de ánimo que proponía esa canción alegre, liviana. "Tengo que seguir mi vida", continúa la letra, y pienso que yo también tengo que seguir mi vida, y estoy siguiendo mi vida, no estuve haciendo otra cosa que seguir mi vida, y qué otra cosa puedo hacer, no está en uno interrumpirla ni reiniciarla ni suspenderla ni postergarla. "Esta es una canción de despedida", concluye la canción. Sigue refiriéndose a una despedida de un

amor breve de verano, pero mi estado de ánimo resolvió desde el primer sonido que esa canción me está destinada, que explica nuestro amor; de pie frente a la disquería, siento que se me aflojan las piernas, entregado a esa melodía por completo y sin defensa: después de todo, lo que pasó entre nosotros fue amor y, puesto que pudo abarcar todas las temporadas, fue también un amor de verano, e incluso, según cómo se vea, breve. Me debo despedir de Helena, como se despedía el cantante, pero Helena no se había sólo ido sino que había muerto. En realidad el cantante tampoco se refiere directamente a la mujer, no la tiene a ella presente, a pesar de los muchos "tú" presentes en la letra. No estaba tampoco presente Helena cuando estos días yo imaginaba diálogos que corregían cosas que le había hecho y de las que me sentía culpable, como tampoco estará presente si yo, en otro diálogo igualmente solitario, me despidió. En este punto empieza a volver la tristeza, pero dejo de sentir su peso enseguida, se desprende de mí como si se uniera a un ave que va aprendiendo a remontar vuelo cada vez con más facilidad, y que se siente cada vez menos cuando se apoya sobre nosotros.

El recorte del artículo sobre Helena está ahora sobre la mesa, junto con las otras cosas que lo rodeaban en el panel. La hoja se ve rara, allí, horizontal, un poco arqueada, las puntas hacia arriba. Estuvo tanto tiempo en posición vertical, retenida al corcho con cuatro chinchetas rojas, que ahora no comprende qué hace allí sobre la mesa, es como un bebé que sabe que le van a hacer algo, no quiere que pase nada pero tampoco tiene miedo. El texto es el de siempre: *HELENA. Del griego Hélène, en la leyenda griega, la más bella mujer de Grecia y la*

causa indirecta de la guerra de Troya. Su padre era Zeus, y su madre Leda o tal vez Némesis... pero, allí sobre la mesa, el papel algo seco y amarillo ya es meramente un papel y no el vehículo del relato sobre Helena de Troya, es como una cebrilla a la que le resulta indiferente el dibujo que lleva encima. En la mesa se apilan, también, mis libros, lo que quedó después de que dejaron de estar los de Helena. Luego entrarán en tres grandes cajas de cartón corrugado. Estas esperan en el piso, abiertas, livianas, vacías. Abro uno de los libros, un tomo de una vieja enciclopedia científica para chicos, y aparece Saturno. *Saturno, que se distingue por sus anillos, es el segundo planeta más grande (Júpiter es el mayor) del Sistema Solar.* A Helena, un astrólogo le había dicho que la regía Saturno, y ella tuvo la idea de hacerse en la espalda un pequeño tatuaje con el dibujo de ese planeta. Fue postergando la decisión de ir a grabárselo, y ahora ya no existirá algo como la espalda de Helena con el tatuaje de la esfera y el disco de Saturno.

Tomo el recorte del artículo de Helena de Troya, y lo extiendo, para luego doblarlo. *Hay otras versiones del mito, leo en el papel, antes de plegarlo. En una de ellas, Helena y Paris, en su fuga a Troya, fueron desviados y llevados a la costa de Egipto; allí, Helena fue detenida por el rey Proteo. La Helena llevada a Troya sería entonces un fantasma, y la real fue recuperada en Egipto por su marido después de la guerra...* Nunca me había llamado la atención esa parte. ¿Habrá versiones distintas de la vida de mi Helena? La que murió en la Plaza Irlanda era real, y era la misma que estaba conmigo. Aunque la que estaba conmigo podía ser un fantasma, y la Helena real estaría haciendo otra vida en otra parte, en lugares para mí desconocidos como, justamente, la Plaza Irlanda, donde moriría, desapareciendo a la vez el fantasma con el que yo estaba conviviendo. La idea me

da un poco de miedo, y mejor es pensar lo que Helena me decía, que no me moleste en inventar historias fantásticas. Es más estimulante imaginar historias pornográficas. Es raro que no haya habido películas pornográficas con el tema de la guerra de Troya; yo, por lo menos, nunca vi ninguna. Se podría representar la parte en que los griegos regalan a los troyanos su famoso gran caballo de madera, en realidad lleno de soldados griegos preparados para salir y destruir la ciudad. En mi versión, los crueles griegos, que salen del caballo decididos a matar a todo el mundo, pueden sentirse seducidos por la hermosa ciudad y las hermosas troyanas, y todo sería distinto.

Pongo el papel de Helena y sus fotos en un sobre blanco. Meto también el recorte de las musarañas –llego a releer que sus dientes suelen tener color rojo–, una postal de San Clemente, el papel que dice Donato Álvarez entre Neuquén y Franklin. Miro el sobre y me llama la atención que todo entre en un espacio tan reducido. Ese despliegue de palabras y coloridas imágenes que cubría el panel se reduce a un pequeño y mudo sobre incoloro. A su vez, este queda dentro del tomo suelto de la enciclopedia Codex, el de la H de Helena.

Miro el montón de papeles y objetos que aún debo guardar. Si yo muriera, esos libros, estos recortes, esos papeles, no se reunirían en esas cajas sino que se dispersarían por todas partes, como sucedió con las cosas de Helena. Me parece por un instante que los objetos empiezan ya, lentamente, a alejarse de mí, y tengo el impulso de retenerlos. ¿Se separarían los siete tomos de la enciclopedia científica? De hecho yo había comprado un tomo suelto de una enciclopedia, quién sabe dónde estarán sus compañeros. Salgo de la observación de Saturno y paso algunas hojas; aparece el sistema solar, *sistema*

formado por el Sol, nueve planetas y sus satélites, asteroides, cometas y meteoroides, y polvo y gas interplanetario... A doble página, una gran superficie negra, con el sol y los nueve planetas. Que, como los cometas y otros cuerpos menores, giran eterna y fielmente alrededor del sol, retenidos por su gravedad. Como otras veces me viene la idea de que Helena perdió su propia fuerza de gravedad, y todo lo que giraba alrededor de ella, sus objetos, las personas, se dispersaron, atraídos por otros cuerpos. La ropa, sus libros estarán ya quién sabe dónde, la tarea de reagruparlos sería absurda e imposible.

Al pie del gran gráfico del sistema solar, una aclaración: el dibujo no está en escala; si se respetara la relación entre el tamaño de los astros y la distancia entre ellos, no podría verse la rosada esfera de Venus, ni al lado la azulada tonalidad de la Tierra, ni tampoco los otros, sino que habría que desplegar varios metros de un rollo de papel negro, con una serie de ínfimos y apenas perceptibles puntos que representarían los planetas. El universo, explica con melancolía la nota al pie, está compuesto casi totalmente por vacío. Ni qué hablar si se tratara de representar no sólo el sistema solar, sino una porción más amplia del universo. Alguien me dijo que los ingleses estaban elaborando un mapa del universo, aunque, por ahora, sólo representarían un dos por ciento. ¿Cómo podrá ser ese mapa? Creo que prefiero los mapas de la guía de la ciudad.

Mientras miro el sistema solar, ese gran vacío apenas interrumpido por mínimos puntos, lamento no conservar un gran planisferio que tuve cuando era chico. Yo solía imaginar itinerarios por lugares exóticos: Tombuctú, Al Baida, Samarcanda. Los nombres y los lugares me daban más sensación de extrañeza que los primeros hitos de un viaje espacial, por

Marte, Saturno, Júpiter. Me parece normal que empiece a sentirme cansado ante esos gráficos y mapas que mi imaginación podía recorrer sin dificultad cuando era chico, pero que ahora son una promesa no de libertad sino, más bien, de temible soledad. Mi pesado cuerpo sigue anclado a la silla del living, rodeado de libros, sobres y objetos sueltos, pero mi mente, a pesar del cansancio y del temor, comienza el viaje; algo la desprende de ese cuerpo, de esa silla y de esa mesa, de ese departamento.

Empiezo así a volar por el mundo que emana de las páginas abiertas de la enciclopedia, y me parece ver la azul esfera de la Tierra, y yo me alejo de ella, un poco triste, alguien me dice que en efecto el planeta Tierra es azul y triste, y no hay nada que podamos hacer, sólo alejarnos. En el cielo se ven escenas como las que había visto en el Planetario, grandes caballos luminosos atravesando el cielo negro, y otras cosas más raras pero que se ven naturales allí, un cometa más parecido a un tren eléctrico japonés que a un cometa mismo, unas mariposas enormes y blancas, pero con más forma de polillas que de mariposas. Veo después con mucha claridad a Saturno, paso muy cerca de este, veo detalles de su superficie rojiza, amarronada. Me pregunto cuán cerca estoy de él, pero el viaje sigue, y también Saturno empieza a quedar atrás, y no me doy cuenta si me voy para el lado de Júpiter o me desvío quién sabe hacia dónde. Me asusta la idea de meterme en algún lugar del universo demasiado vacío, y si casi todo es vacío, hay una fuerte posibilidad de ser sólo un punto en medio de la nada. Pero la gravedad de otros astros, posiblemente, seguramente, me irá atrayendo hacia ellos; veré entonces nuevos paisajes, enseguida o dentro de mucho tiempo, pero paisajes siempre diferentes de los que ya visité, y

siempre más interesantes y hospitalarios que el mero recuerdo de lugares ya conocidos, o que los lugares que apenas haya imaginado.